This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
4488
1. 25
WIDENER
HN LHS3 N

SAL 4488.1.25

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Carlos María Ocantos

Mis Cuentos

PRIMERA SERIE

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.

1904

MIS CUENTOS

NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARÍA OCANTOS

De esta serie de Novelas, en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea bajo sus diversas manifestaciones, van publicados los *once tomos* siguientes:

León Zaldívar.
Quilito.
Entre dos luces.
El Candidato.
La Ginesa.
Tobi.
Promisión.
Misia Jeromita.
Pequeñas miserias.
Don Perfecto.
Nebulosa.

Se halla en preparación el tomo XII:

EL PELIGRO

Carlos María Ocantos

Mis Cuentos

PRIMERA SERIE

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.

1904

SAL 4488.1.25

HARVARD COLLEGE
JUN 15 1931
LIBRARY

Sales fund
(II)

ES PROPIEDAD

MISS ALICE

Miss Alice.

I

¿Quién que haya viajado en Suiza, en el Rhin, en Italia, en cualquier parte, no ha hallado á su paso un viajero inglés, de pantalón muy ajustado, chaqué muy corto, los pies muy grandes, las manos muy largas, la nariz muy colorada, los ojos muy chicos y el pelo muy rubio, guardapolvo gris sobre el brazo, el telescopio colgado al hombro y el sombrero *pompier* en la cabeza?

Ya sea apoyado en el rústico báculo alpino, en el desfiladero de una montaña, ó con la servilleta bajo la barba, en la *table d'hôte* de un hotel; ya extasiado ante una Virgen pudorosa de Rafael ó una Venus rubicunda de Rubens, en todas partes se le encuentra, siempre serio, siempre flemático, visitando todo, curioseando todo, con el rojo *Baedeker* en la mano siempre.

Pues bien: idéntico á este modelo, tan idéntico como si á una máquina fotográ-

fica hubiera servido para reproducirlo, con el mismo pantalón y el mismo chaqué, los mismos pies y las mismas manos, sin quitarle punto ni ponerle coma, era el viajero que acababa de bajar del ómnibus ante el *Hotel Royal*, de Nápoles.

Serían las cinco de la tarde de un día de invierno; una turba de carruajes elegantes que iban á la *Villa Nazionale* á pasear las caras lánguidas de sus dueñas, temblorosas bajo la aterciopelada nutria de sus abrigos, recorría la Chiaia, esa amplísima calle que da al mar, y que tiene por límites en el lejano horizonte al Vesubio por un lado, y al Possilipo y una risueña guirnalda de verjeles por el otro.

Hallábase el cielo encapotado, el mar borrascoso, dando fuertes cabezadas contra la muralla y saltos enormes sobre el parapeto de mampostería; el viento era fuerte y entreteníase en jugar más de una mala pasada á los pacíficos transeuntes, en el vecino muelle de Santa Lucía y en la Chiaia, arrebatándoles el sombrero y haciéndolo dar en el aire más volteretas que un trompo.

El inglés que había bajado, y parado se hallaba en la puerta del *Hotel Royal*, no había bajado ni se hallaba parado solo; acompañábanle tres personas más, dos mujeres y un joven, éste muy alto y muy flaco; aquéllas, la una vieja y con todo el aire de aya de pensión, una blonda *miss* la otra, sonrosada y de ojos lánguidos, no

como esas rígidas doncellas, triste armazón de huesos y de tela, que á menudo se encuentran en los viajes, sino como esas ideales criaturas con que tropieza á veces el curioso extranjero al volver una esquina de Piccadilly ó al cruzar una avenida de Hyde Park.

En tanto que el inmenso ómnibus se desembarazaba de su carga de viajeros y equipajes, el inglés se dirigió al fondista, que, rodeado de su estado mayor de mozos y de faquines, atendia solícito á los que entraban, y pidió, con laconismo no ya espartano, sino británico, tres habitaciones: dos para él, su señora y su hija Alice, y una para su sobrino Mr. Georges Pylton.

Luego siguió al criado que el fondista respetuosamente le indicara y subió la escalera, con la comitiva de las dos mujeres y del sobrino, que gemía bajo el peso de los paraguas, de las mantas de viaje y de los sacos de noche de la familia toda.

El fondista permaneció en el vestíbulo, recibiendo á los demás viajeros, impartiendo órdenes, afanoso é incansable; cuando hubo terminado su tarea, fué á apuntar en el registro los nombres de los que habían llegado.

De pie, delante del pupitre, escribía el buen hombre sobre la página en blanco, distraídamente, como quien obedece á una acción mecánica; repentinamente quedó suspenso al descifrar en la microscópica

letra de una tarjeta diminuta este nombre: James Norton.

¿Por qué?

Habíale traído á la memoria no sé qué trágico suceso, cuyos interesantes detalles leyera él un año hacía en *Il Secolo*, de Milán.

Figuraos que el último verano, rebosando Interlaken de forasteros, tuvo lugar la muerte violenta de una joven inglesa, cuya familia estaba de paso en el pueblo: hallóse el cadáver destrozado en la orilla del camino, al pie de una montaña, como guijarro que se hubiera desprendido de la cumbre y hubiérase desmenuzado al llegar al suelo. Se la reconoció por su traje blanco y un lazo de seda que prendía aún sus trenzas doradas. ¿Tratábase de un accidente casual ó de un crimen aleve? Aquella tarde habíasela visto en el camino, acompañada de su hermana Alice, y ésta, deshecha en lágrimas, contaba á su familia desolada y á cuantos querían oirla cómo la pequeña Mary, durante su excursión en la montaña, al intentar atravesar un puente, habíase resbalado y caído en el abismo.

Tal aserto mereció crédito, y con la partida de la familia Norton se olvidó el suceso, que hizo mucho ruido en todo el continente; fué el tema obligado de conversación en los casinos y en los baños, y dió la vuelta al mundo á bordo de un *entrefilet* de *Le Figaro*.

Y bien, ¿sería aquella lánguida *miss*, que se llamaba Alice Norton, que era bella y alta y tenía los ojos celestes como el cielo y las mejillas sonrosadas como una manzana en sazón (que todos estos detalles los daba también *Il Secolo*), la linda inglesita que allí, en el vestíbulo, había respondido á una pregunta de su padre, con el acento más armonioso del mundo: *yes, my father?*

¡Quién sabe!

El fondista dejó de mirar la punta de su pluma y púsose de nuevo á escribir sobre la página en blanco, distraídamente, como quien obedece á una acción mecánica.

II

Puede uno llamarse Georges Pylton, ser nativo del país de las nieblas y tonto de capirote; pero cuando la sangre de veinte años corre impetuosa en las venas y late el corazón sin obstáculo, no se oye con indiferencia á dos labios de amapola murmuraros al oído:

—Necesito hablarte mañana á solas; busca ocasión.

Y esta frase, realzada por el timbre armonioso de su voz celeste, fué la que dejó caer Miss Alice, al pasar junto á su primo aquella noche, entre las once y las doce, en el salón de lectura, cuando Mrs. Norton, bostezando de sueño, dió la orden de

retirarse y Mr. James cerró su *Baedeker*.

Georges quedó cavilosq.

Ciertamente que buscaría ocasión de hablarla á solas.

Tenía un mundo de cosas que decirla.

¿Valía acaso la pena dejar su cara oficina de la City, sus libros llenos de garabatos, su *lunch* de las dos en la *Fly's Tavern* y su paseo á Richmond los domingos, para lanzarse á ver ruinas, museos y antiguallas, y abrir la boca delante de un espadón mohoso ó pasar las horas muertas ante una coraza abollada, tan sólo porque perteneció á Carlomagno ó al emperador de Marruecos?

¿Y los trayectos nocturnos en ferrocarril, encogido sobre el asiento y bajo la manta, dormido de un ojo y despierto del otro, entre el cantar de los vidrios y el bailar del vagón? ¿y la mala cama, y la mala mesa, y el continuo trotar sobre el empedrado á caza de curiosidades que no interesan, tropezando á cada paso con entes desconocidos que os miran de alto á bajo, codean al vecino y cuchichean entre sí, con risitas comprimidas y burlonas?

¡Oh! ¡los viajes, los viajes! no hacían seguramente la felicidad de Georges Pylton.

Huérfano y pobre, sin instrucción y sin mundo, habíase criado en la oficina de su tío, no encontrando placer sino en ella y sintiendo aversión á todo lo que no fuera su trabajo.

Los domingos por la tarde, cuando vol-

vía de su paseo á Richmond, se iba paso tras paso á casa de su tío Mr. James, que vivía en un barrio lejano pero encantador de Londres, en Kensington, y allí se quedaba hasta las diez, quieto en un rincón, cerca de sus primas Alice y Mary, sin mirarlas y sin hablarlas, con los ojos en el techo ó en el suelo.

Si le hubieran preguntado si eran bellas sus primas, habría respondido con el tono más natural del mundo:

—No sé.

Sólo sabía que Alice era muy extravagante y leía las novelas de Dickens y los versos de Tennyson, y que Mary era buena como un ángel.

Nada más.

Si le hubieran preguntado también qué hacía en aquella tertulia de los domingos cierto Tony Spring, habría también respondido:

—No sé.

Sólo sabía que Tony Spring hacía arrumacos á Mary y guiñaba el ojo á Alice.

Nada más.

Luego, aquella tertulia en la casita de Kensington le aburría.

¡Cuánto más agradable no era para él sentarse detrás del alto escritorio de pino, constelado de manchas de tinta, en el cuarto desnudo y sombrío de la oficina y en medio de aquella atmósfera de polvo, de humo y de libros viejos!

Un día—esto era después de la muerte

de la pobre Mary—entró Mr. James en la oficina y le habló largamente.

Hablóle de su reciente desgracia y de sus padecimientos morales, de todo cuanto por él había hecho y de lo que de él esperaba, de cómo á fin de distraer á Alice había resuelto hacer un viaje á Italia, y...

Georges le escuchaba marcando palotes sobre un trozo de papel.

De pronto levantó la cabeza y miró despavorido casi á su tío.

¿No acababa de decir Mr. James que deseaba casarle con su hija Alice, para que á su muerte fuese él el jefe de su casa de comercio y de su familia?

¿Había oído mal? no, seguramente. Allí estaba Mr. James, con su barba roja y escasa y sus ojuelos color ceniza.

Georges respondió:

—Está bien.

Nunca se le había pasado tal idea por la imaginación, pero estaba acostumbrado á obedecer ciegamente á su tío; la voluntad de éste era la suya.

He aquí, pues, cómo y por qué Georges Pylton emprendió aquel viaje á Italia, que le aburría tanto ó más que la tertulia de los domingos en la casita de Kensington, y se hallaba esta noche parado detrás de los vidrios, en el salón de lectura del *Hotel Royal*, de Nápoles, muy caviloso por las palabras que los labios de amapola de su prima deslizaron á su oído al retirarse:

—Deseo hablarte mañana á solas; busca ocasión.

¿Para qué querría hablarle á solas su prima? ¿qué tendría de importante que comunicarle ó de interesante que contarle?

¡Mostrábase siempre tan indiferente con él!

Mirábale, no como prometido, ni menos como primo; mirábale como un extraño.

Jamás había hilvanado diálogo alguno con ella, un poco á causa de su timidez y un mucho por la indiferencia que se le demostraba.

¿No sería aquel extraño deseo uno de los tantos caprichos que asaltaban á Miss Alice de algún tiempo á esta parte?

Porque era indudable: el carácter de su prima habíase alterado desde la muerte de la pobre Mary.

Ya no leía á Tennyson ni á Dickens; hablaba poco, comía menos, y aquel viaje por Italia parecía tornarla aún más sombría.

¿Por qué?

He aquí una pregunta á la que Georges no hallaba respuesta; pero bastárale recordar aquel nombre misterioso de Tony Spring para hallarla, en parte.

¿Qué le diría Miss Alice entretanto al día siguiente? ¿qué la diría él?

Él la diría... seguramente que no la diría nada, ¡porque sentía tal cortedad al encontrarse cerca de ella, y al fijar su mirada en sus ojos claros y soñadores!

III

Nápoles no posee, como cualquiera otra ciudad de Italia, históricos monumentos que atraigan la atención y detengan el paso del viajero, y fuera del S. Carlo, del Museo y de las catacumbas, sin interés cuando se han visto las de Roma, no encuentra la curiosidad alimento; pero su bahía incomparable, el azul único de su cielo, su Vesubio celebrado, en cuyas faldas coquetamente se recuesta, sin temor á las convulsiones del monstruo, un enjambre de graciosos pueblecillos; Capri y su gruta azul, palacio encantado de los genios del mar; el Possilipo y Sorrento, donde al caer la noche vagan las sombras misteriosas de Lamartine y de Graziella; Pompeya, la ciudad soberbia, «de quien apenas quedan las señales»; todo, todo hace de Nápoles lo que es, ha sido y será siempre: *un coin de paradis*.

Y para describirlo fuera necesario que la pluma se trocara en pincel y el papel en lienzo.

Aquella mañana Mr. James, que ya había arrojado, por el cristal de su ventana, una ojeada al soberbio panorama de la bahía, dió con presteza la última mano á su aliño personal, y bajó de su cuarto, en el mismo traje que del ómnibus lo hiciera, entrando al comedor, donde, alrededor de una mesa, con las tazas de té monumenta-

les, llenas del caliente y aromado líquido, le esperaba ya su familia.

Mrs. Norton se hallaba á la cabecera, con un gorro de encajes sobre sus cabellos grises, tiesa y silenciosa como siempre, el cuchillo, el tenedor y la cuchara sobre el plato, en pabellón; Georges se entretenía en desmenuzar migajas de pan y hacer dibujos muy bonitos sobre el mantel; Miss Alice no hacía ni decía nada; tenía la punta de sus dedos afilados sobre el borde de la mesa y la mirada vaga, como quien persigue un fantasma ó una idea.

Sentóse Mr. James, y con un alegre *good morning* y un ligero beso en la frente de su hija, declaró abierta la sesión; Mrs. Norton arrojó un suspiro y atacó vigorosamente al suculento rosbif, acudiendo Georges presuroso á prestarle ayuda en el asalto, mientras Mr. James preparaba flemáticamente sus armas ofensivas, el tenedor y el cuchillo, y las defensivas, la servilleta; Miss Alice se contentó con humedecer ligeramente sus labios en la taza.

Luego, entre los quejidos del rosbif, el dúo alegre de la porcelana y del acero y el paladeo del té caliente, hablóse del programa á seguir en el día.

Eran las nueve de la mañana cuando la familia Norton salía del Hotel, y sin más cicerone que el indispensable *Baedeker*, lanzábase á las calles de Nápoles, llenas de una concurrencia alegre y bulliciosa.

En la Chiaia, en Santa Lucía y luego en la antigua vía Toledo, hoy vía Roma, seguidos de una legión de solícitos sujetos que ofrecían sus servicios como un mercader su mercancía; codeados, fatigados, errantes, porque Mr. James había perdido el hilo de su itinerario, seguían una marcha indecisa, deteniéndose en todas las esquinas, mirando las fachadas de los edificios y las caras de los transeuntes; á cada instante Mrs. Norton preguntaba:

—¿Estás seguro que es por aquí?

—*Yes, my dear, yes*—respondía Mr. James hojeando febrilmente el libro.

Miss Alice, adelante, al lado de su primo, marchaba pensativa, sin preocuparse adónde iba ni por dónde iba, ¡que hay un país en que no se ha menester de *Baedeker* ni cicerone alguno, y es ése el de los sueños!

Georges, por su parte, con todas las señales de su esplín incurable, parecía entretenido en contar las losas de la acera, porque no levantaba la cabeza, temeroso quizá de encontrarse con los ojos de su compañera y de darla así ocasión de hablarle á solas.

¡Día de agitaciones aquél!

Después de ir y de volver, de tomar una calle y dejar otra, de inquirir y de sudar, consiguió Mr. James ver las catacumbas, el Museo, la catedral y las iglesias en el modo y forma que él había decidido verlos: con una cerilla encendida en la mano

ecorrió los vastos y sombríos subterráneos, seguido de su invariable comitiva, haciendo resonar sus pasos acompasados escuchando el triste eco de las bóvedas desiertas, huroneando en cada nicho cada hueco y palpando con sus dedos nerviosos los huesos blancos que, en fúnebre guirnalda, decoran las paredes; visitó una por una, y según el orden de número, las salas amplísimas del gran museo napolitano, admirando las estatuas mutiladas y esas amables pinturas de Pompeya, de colores tan vivos y tan frescos como si un pincel de ayer las hubiera trazado; los mármoles afectados por la ictericia de los siglos, y las vasijas de forma extraña; las momias egipcias, inmóviles en sus ataúdes chillones, y los mil recuerdos curiosos de generaciones pasadas.

¡Excelente Mr. James!

Cuando todo lo hubo visto, y ya nada restaba á su curiosidad insaciable, atento siempre á cumplir su programa, propuso con mucha flema á su familia ir en carruaje hasta Pouzzoles, por más que eran ya las seis de la tarde.

Esta vez, Georges encontró fuerzas en su debilidad... de estómago, y protestó... débilmente.

Y como Mrs. Norton se adhiriera á su protesta, Mr. James, no hallando apoyo en la indiferencia de Alice, se decidió á volver al Hotel, malhumorado.

IV

.....

Miss Alice amaba á Tony Spring; hacía de esto ya dos años. No era aquél un amor vulgar ó un capricho del momento, sino una pasión verdadera.

Él era un joven como cualquier otro, insignificante, á fuer de vulgar; ávido de morder la apetitosa manzana del paraíso allí donde la hallare al alcance de su mano; parásito de la amistad y pirata de la honra ajena, sin corazón y sin nombre, despreocupado y altivo, sin honor y sin palabra; moreno, como hijo de italiana, toda su fortuna cifrábala en sus bigotes sedosos, que acariciaba de continuo con gravedad afectada.

Cómo se introdujo en casa de la familia Norton, nadie sabría decirlo, entregado Mr. James, como estaba, á sus números y á sus operaciones comerciales; quizá por la rendija de una puerta, como la culebra, ó por el hueco de una ventana, como el murciélago.

Miss Alice y Mary le vieron y le amaron; naturaleza apasionada y violenta la una, quiso dominar y dominó; carácter dulce la otra, amó y calló.

Y ni la una ni la otra se confesaron mutuamente el estado de su corazón; quedando así, ambas, extrañas al idéntico mal de que cada cual padecía.

Tony, cual gusano escondido bajo la hoja de una rosa, flexible y pérfido, dueño de la situación y experto en tales aventuras, adormeció á la una con sus promesas doradas y arrulló á la otra con sus palabras de miel, evitando ser sorprendido en su manejo, para caer, como cazador sobre el ave abatida en su vuelo, sobre la primera que cediese.

En la casa, sin saber por qué, se le detestaba.

Mas, ¿qué le importaba á él que Mr. James, preocupado con sus proyectos matrimoniales favorables á Georges, le pusiera mala cara, y que Mrs. Norton le diera á veces la espalda, cuando, ocupada en preparar el té delante de la ventana que caía al parque, veíale acercarse, sombrero en mano, á saludarla?

Él se volvía impasible del lado del piano, que cantaba alguna alegre sonata de Sullivan, el compositor de moda, acariciadas sus teclas por las manos transparentes casi de Miss Alice, y se sentaba á su lado; á poco entraba la pequeña Mary, bellísima con su traje blanco y sus quince años, y luego Georges, que ocupaba silenciosamente su rincón. Los últimos fulgores de la tarde se extinguían; las sombras descendían paulatinamente como telón que cae, y la salita quedaba á obscuras; entonces, á un campanillazo de Mrs. Norton, llegaba la criada, sonriendo bajo su airoso gorro almidonado, y la lámpara

que colocaba sobre la consola, atestada de curiosas chucherías, alumbraba siempre la misma escena: Tony y Miss Alice delante del piano, Mary sentada en un cojín, Georges en su rincón, Mrs. Norton escogiendo terrones de azúcar con unas pinzas de plata, y Mr. James ensayando deletrear el *Times*.

Pero una noche, en esta brusca transición de las tinieblas á la luz, calló el piano de pronto y Miss Alice se alzó violentamente de la banqueta, y... volvió á sentarse, y el obediente instrumento sonó de nuevo. Las mejillas de la joven habíanse tornado purpurinas, y sus dedos tropezaban nerviosamente sobre el teclado; se detuvo una vez más, y volviéndose hacia Tony, que parecía empeñado en descifrar los jeroglíficos de la música, díjole en alta voz, pero sonriendo:

—Verdaderamente, Tony, si continúa usted contándome esas historias, concluirá por darme miedo.

Pero Tony no hizo caso de la advertencia, y siguió contándola sus historias, esa noche y las siguientes, sin que ella diera muestra alguna de haber cobrado miedo.

¡Adorables historias!

Habíanse ya dicho que se amaban, entre uno y otro aire de Sullivan, y asumido sus papeles respectivos en esa eterna comedia del amor, que degenera á veces en drama y en tragedia otras, y que cada

cual representa á su manera en el amplio escenario de la vida.

En cuanto á Mary, era feliz, porque sabía que era amada; había escuchado también de los labios de Tony esas mismas historias, cuando, con frecuencia, al entrar ó al despedirse, el joven hallaba ocasión de hablarla á solas; inocente y candorosa, ignorando el mal y no sabiendo evitarlo, permanecía sentada en el cojín, la cabeza inclinada sobre su libro de grabados, sin inquietarse porque Tony se colocara al lado de su hermana y no á su lado.

¿Tenía algo de extraño, siendo Alice la mayor? ¿Y no debía considerarse indemnizada de este alejamiento momentáneo cada vez que Tony fijaba en ella su mirada adormecida ó estrechaba su mano con cariño?

Sin embargo, sucedióle á Tony lo que al juglar en el circo: que no falta un espectador curioso que descubra el juego, ó un momento de lamentable descuido que le venda.

Una noche ocurriósele mirar á Mary y exclamar:

—¿Sabéis que está bonita la chica?

Y Mary se embellecía, en efecto, á medida que las formas indecisas de la niña tomaban los contornos delicados y graciosos de la joven.

Miss Alice se sintió herida profundamente por aquella frase, pues creyó adivi-

nar en el rubor de Mary, que la hab oído, y en la turbación de Tony, que l había dicho, el secreto doloroso que se l ocultaba.

Y cuando Mary alzó sus hermosos ojo azules, recibió el choque de una mirad preñada de odio.

Mr. James, entretanto, hombre de nú meros, y por consiguiente, práctico hast la punta de las uñas, sea que descubriera como el mirón del circo, el doble juego del doncel, ó, lo que es más probable, deseoso de remover el serio obstáculo que se oponía entre Georges y su hija, anunció una noche, cuando Sullivan cantaba con más brío al oído de todos, y con más amor que nunca Tony al oído de Alice, la próxima partida de la familia para Suiza.

Hubo un coro de ¡oh! y de ¡ah! ruidoso é interminable, y el telégrafo de los ojos, que tan bien saben hacer hablar los amantes, llevó y trajo sus mensajes de promesas y esperanzas.

Las manos en los bolsillos, el sombrero sobre la oreja, plegados los labios por un gesto de despecho, como truhán que sale del garito después de haber perdido el último céntimo, salió aquella noche Tony Spring, desesperado y rabioso.

¡Ese Mr. James era verdaderamente insoportable!

¡Marcharse de Londres cuando él iba á recoger el fruto de sus afanes!

Felizmente, figuraba en la *Alhambra*

ierta amable artista, Ketty Millberg, y ería ella la que le consolaría de tan triste ausencia.

Y la familia Norton partió para Suiza...

. . . . . .

V

. . . . . .

Cogidas de las manos, subían aquella tarde Miss Alice y la pequeña Mary el empinado sendero de la montaña; el sol, como una hoguera inmensa que se apaga, lucía apenas en el borde del horizonte, y prestaba color fantástico á los objetos todos: á la campiña, á las montañas, á la cumbre soberbia de la Jungfrau, envuelta en su inmaculado velo de nieve, y al enjambre de casitas blancas de Interlaken. A uno y otro lado, las aguas de los lagos encuadraban el paisaje en un marco de plata.

Ambas jóvenes seguían su fatigosa subida, deteniéndose de vez en cuando para tomar aliento ó admirar el risueño panorama; de vez en cuando también, Mary dejaba la mano de su hermana y recogía, aquí y allá, flores silvestres que prendía luego en sus trenzas doradas.

Y charlaba, como pájaro libre de la jaula, mientras recogía sus flores.

—No sé por qué tengo el corazón oprimido esta tarde, Alice; el aire está fresco, el día alegre, y yo soy feliz, en cuanto

puedo serlo; pero siento aquí, en el pecho, algo tan malo, tan malo... ¿te lo confesaré? Ahora, al salir del hotel para dar nuestro paseo habitual, he abrazado á mi madre y he llorado... sin saber por qué. Será quizá que sufro la nostalgia de Londres, sin sol y sin cielo, es cierto, pero... tan lleno de atractivos...; de nuestra casita de Kensington, triste y aislada, pero á la que considero como á un amigo que nos tiende la mano, y nos espera y nos llama...; de nuestras reuniones por la noche, del gorro almidonado de Jenny y de nuestro faldero Tom...; de Georges y de Tony...

Escuchábala Miss Alice sin decir nada.

—¡Cuánto reirás tú, hermana, de todas estas tonterías! echar de menos Londres y sus nieblas, cuando se está bajo el cielo encantador de Suiza, es algo que denuncia un mal gusto exagerado. ¡Ah! ¿sabes? el muchacho de las flores me ha prometido para esta noche un ramo de *edelweiss*, de dos francos... Es caro; ¡pero son tan hermosas las *edelweiss!* son como estrellas de nieve, y luego jamás se marchitan... ¡Pobre chico! dice que para buscarlas tiene que trepar á las cumbres más altas y andar á veces por el borde de los abismos... Ciertamente, no me parece tan caro dos francos... Mira, esta flor azul es también muy bonita, aunque no tanto como la huraña flor del abismo.

Y al mismo tiempo se acercó á su her-

mana y la presentó un manojo variado de flores curiosas: de pequeñas campanillas azules, de botones de fuego y de diminutas margaritas rosadas.

—Has dejado caer algo, Mary—exclamó Miss Alice con un relámpago en los ojos.

E inclinándose, recogió un pedazo de papel arrugado.

—¡Por piedad, hermana!—murmuró la pequeña, temblorosa y pálida.

Aquel papel era una carta, y la moribunda claridad del día permitió leer este nombre en un extremo: Tony.

Miss Alice quedó muda, mientras la niña recostaba su cabeza rubia sobre su hombro, tratando de sofocar sus lágrimas y de esconder su vergüenza; ella la apartó fríamente, y devolviéndola la carta sin proferir palabra, echó á andar, la frente baja, los labios sin color.

Y en tanto que seguían el sendero de la montaña, en medio del silencio y de las sombras, hizo Mary, con lágrimas en los ojos y en la voz, la corta relación de sus amores.

—Tú me perdonarás—murmuraba al oído de su hermana,—y no dirás nada de esto; él me escribe á veces, y sus noticias, aunque tardías, me llenan de alegría el corazón; me espera, y así que volvamos pedirá mi mano á mi padre; ¡quizá nos casaremos en el mismo día, Alice! porque tú amas á nuestro primo Georges, ¿verdad que le amas?

Y marchaban ambas lado á lado: Mary, lentamente, y deteniéndose á cada instante para esperar una respuesta ú observar el efecto de una frase; grave y rígida Miss Alice.

Era de noche ya, y las luces amarillas de Interlaken se multiplicaban como por arte mágico; visto el pueblo desde aquella altura, bajo las sombras del cielo sin estrellas y entre las sombras de la montaña desierta, hacía el efecto de un espléndido diorama nadando en alegre claridad.

El agudo campanario de la iglesia, cual blanco fantasma; las calles, como fajas de luz, salpicadas de manchas negras y de puntos obscuros; los grandes hoteles, abiertos é iluminados, y no sé qué vago rumor de movimiento y de vida, que se elevaba del fondo del valle, como el zumbido lejano de una colmena.

Había un sitio en la cuesta que seguían, donde, gracias á las continuas lluvias del último invierno, habíase hundido el estrecho paso, y presentaba una enorme abertura, mal cubierta por endeble tabla de madera; ellas la habían atravesado al subir en medio de risas y de ligeros gritos de miedo. Debajo de aquella tabla estaba el abismo; oíase rugir en el fondo el agua de los torrentes.

Mary, antes de aventurarse en el peligroso puente, contempló una vez más á Interlaken, y quedó por un rato silenciosa; de pronto... sintióse lanzada en el abismo,

como hoja seca que arrastra el viento.

Dió un grito de dolor, de agonía, y... cayó, no en el abismo, en el lecho del torrente, sino al pie de la montaña, entre los guijarros y los espinos.

Y oyóse su voz llorosa que llamaba:—¡Alice! ¡Alice!

Allí estaba Miss Alice, pálida por la emoción del crimen, prendidas las manos al parapeto rústico, inclinada sobre el precipicio, mirando sin ver con sus ojos dilatados.

Cuando el eco fúnebre del cuerpo que caía se hubo extinguido, cuando quedó todo en calma y en silencio, huyó de la montaña, como la sombra maldita de Caín, enloquecida y delirante, pareciéndole que el cielo, los árboles, las piedras y el viento, corriendo tras ella, la gritaban con voz formidable:

—¿Qué has hecho, qué has hecho de tu hermana?

Y su corazón golpeaba sin piedad, como juez que llama á juicio á la conciencia.

Y así salió de la montaña, y así siguió el camino de Interlaken, y así entró en su casa, enloquecida y delirante.....

....

VI

Estaba la Chiaia desierta; la luna brillaba en el cielo diáfano, plateando las aguas tranquilas; allá enfrente, en lonta-

nanza, destacaba Capri su enorme mole obscura, como gigante monstruo marino, y al otro lado flameaba el Vesubio su pavoroso penacho de fuego.

Miss Alice se había sentado delante de la ventana, en el salón de lectura, y miraba á la calle y al mar; en un extremo de la mesa, cubierta de periódicos, Mr. James tomaba apuntes; cerca de él bostezaba Mrs. Norton sobre un impreso, mientras Georges hacía sonar lastimosamente las teclas soñolientas del piano.

En la calle se escuchaba el sonar áspero é ingrato de la mandolina, tocada por un muchacho de veinte años, uno de esos tipos de *lazzaroni* que la pluma y el grabado han idealizado, y que vistos de cerca, como todas las cosas que aumenta el lente de la poesía ó del entusiasmo, no ofrecen interés alguno; tenía hermosa voz de barítono, y cantaba con sentimiento esos dulces aires napolitanos, notables por su melodía y por su ritmo, que nacen del pueblo, viven en el pueblo y sólo el pueblo sabe expresarlos.

La joven inglesa le arrojó una moneda para poner punto final á su canción; luego, volviéndose del lado de su primo, hizo este llamado:

—¡Georges!

El piano cesó de sonar repentinamente, y la figura desgraciada de Georges Pylton se irguió detrás del instrumento, los dientes desiguales asomando bajo el labio en-

treabierto por una sonrisa forzada, y roja de vergüenza la cara, como esos payasos ridículos, tan queridos de los niños, que saltan de la caja apenas se pone el dedo sobre el resorte que los encoge.

—¿Me llamabas, prima?—preguntó Georges acercándose á la ventana con timidez.

E interiormente se reprochaba no haber ido á oir *La Sonámbula*, como Mr. James lo había propuesto, dando lugar así á que la temida ocasión se presentase, á pesar de todo lo que él hiciera por evitarla.

—En efecto—contestó Miss Alice,—creía haberte dicho anoche que deseaba hablarte; parece que lo has olvidado, puesto que en todo el día no has hecho caso de ello, y hace una hora que nos estás ensordeciendo con esa horrible sonata.

—Perdona, prima, yo pensaba....

—Siéntate; acerca un sillón... aquí, más cerca... más aún; ¿me tienes miedo?

Georges tenía miedo, en efecto, pero no quería confesarlo—que un hombre tímido teme doblemente á una mujer hermosa que á toda una legión de diablos;—se sentó, sin embargo, cerca de ella, y quedó inmóvil, con las manos sobre las rodillas y los ojos en el suelo, en su actitud de todas las noches, allá en las tertulias de Kensington.

Entonces Miss Alice habló en voz baja.

—Bueno—dijo por fin;—se trata de algo grave, Georges; se trata nada menos que

de tu porvenir y del mío. Mi padre quiere casarnos...

Georges dió un suspiro.

—Él cree—continuó la joven—que, á falta de un heredero varón, debe ser su dependiente principal y su sobrino quien ocupe su puesto en su casa de comercio y en su hogar, y ha contado para esto con tu docilidad y mi sumisión; pero mi padre se ha equivocado... se ha equivocado, lo repito, porque estoy decidida á romper un compromiso que me ha sido impuesto; mi querido primo, ¡tengo el sentimiento de decirte que no puedes ser mi marido!

Convenid en que este corto discurso, declamado con naturalidad pero con energía, era para desconcertar, no digo á Georges Pylton, sino al novio más avisado del mundo; así, no es de extrañar dejara al triste primo sin hallar respuesta y sin atinar á buscarla.

Sin embargo, de todo aquel ingrato discurso sólo la última frase quedó en su oído, como sucede á todos los que oyen y no comprenden, y el sentido de esta frase le aterró, no por la pérdida de la blanca mano de Miss Alice, que jamás había él ambicionado, sino porque no quería desobedecer á su tío.

Entonces creyó de su deber decir:

—¡Es Mr. James quien lo manda!

—No se manda al corazón—replicó la joven;—lee á Dickens, si te place. Además,

si quieres saber la razón de mi negativa, hela aquí: amo á Tony Spring.

—¡Tony Spring! ¡un calavera, un libertino, el amante de Ketty Millberg!—exclamó Georges.

—¡Tony! ¡el más honrado de los hombres! ¡ah! ¿por qué le calumnias así?... yo soy inglesa, Georges, pero tengo el alma de una italiana, y si eso fuera verdad sabría suprimir á esa Ketty, como á toda otra mujer que intentara robarme el amor de Tony... pero, de esto no se trata... Georges, mañana saldré de Nápoles.

El joven sintió un malestar indefinible.

—¿Sola?—se aventuró á preguntar.

—Alguien me acompañará, pero no serás tú seguramente.

Georges respiró.

—¡Pero qué va á decir Mr. James!—exclamó sin embargo,—¿qué respuesta daré yo á sus preguntas? ¿cómo puedo permitir que siendo mi prometida...? ¡quizá me arrojará de la oficina!

Miss Alice se sonrió.

—Escucha—dijo:—mañana me marcho, y es preciso que me disculpes ante los ojos de mi padre y trates de obtener su perdón... Él se opone á mi matrimonio con Tony... Yo le amo, y le espero mañana.

Georges estaba desolado.

¡Qué bien habría hecho en evitar la conferencia de su prima!

Vencido, sin encontrar salida ni salva-

ción alguna, pudo apenas mascullar su estribillo majadero:

—¡Es Mr. James quien lo manda, sin embargo!

Y abandonó su banquillo de tormento, mordiéndose las uñas, y mirando ya á su prima impasible, ya al flemático Mr. James, que tomaba siempre sus apuntes.

Un criado entró y entregó una carta sellada á Miss Alice, quien la arrebató casi de sus manos y rompió el sobre con premura.

Mrs. Norton tuvo una tosecita de alerta; el viejo inglés lanzó un ¡hum! del peor augurio, y Georges abrió la boca.

Aquella carta era de Tony, y decía así:

«*My dear Alice:*

»No me esperes en Nápoles. Francamente, el viaje me parece demasiado largo, y un hombre de mundo, como yo, hace siempre falta en Londres; además, el rapto que me propones es altamente irrealizable y lastimosamente romántico. Cásate con Georges, y en la próxima *season* te promete ir á presentarte sus respetos

TONY»

Con la insensibilidad estoica de esas mártires romanas, que recibían el golpe de muerte de sus verdugos sin un gesto de dolor ni una expresión de queja, Miss Alice guardó impasible aquella carta, y respondió indiferente á la muda pregunta de los que la miraban:

—Es una amiga de pensión quien me escribe.

Una lágrima asomaba, sin embargo, bajo el borde de sus párpados.

VII

Hay páginas encantadoras sobre la ascensión al Vesubio de otros tiempos, llena de peripecias y atractivos.

El guía locuaz, la mula caprichosa, la caravana alegre, el almuerzo improvisado, todo ha desaparecido y ha cambiado.

¿Qué es hoy día?

Un pesado viaje de dos horas, á través de los pueblecillos que cercan á Nápoles, Portici entre otros, y luego la lenta subida entre montañas de lava endurecida, restos de las últimas erupciones; aquí y allá os detiene un hombre ó una mujer para ofreceros un vaso del celebrado *Lacryma Christi* ó una colección de curiosos minerales... Llegáis al hotel, donde coméis bien ó mal, según vuestras costumbres y vuestros gustos, y en seguida montáis en el tren funicular, que consiste en dos vagones encarrilados en dos vías paralelas, y de los cuales el uno sube gracias al contrapeso del otro que baja... Ya estáis en la estación superior: una nube de humo azulado os rodea; veis el suelo abierto en ligeras grietas, sentís el calor que despide y oís como el rumor de una

fusilería lejana... Hay siempre por allí algún sujeto solícito, que os ofrece, por una retribución exagerada, su silla de manos para conduciros hasta el nuevo cráter, y sus brazos nervudos para sosteneros mientras contempláis la inflamada boca del volcán.—¿Existe algún peligro?—preguntáis.—Tan sólo el de recibir una piedra en la cabeza—se os contesta, y... tenéis ó no tenéis valor.

Tal pensaba Mr. James, puesto el índice entre las hojas de su *Baedeker*, de pie en la puerta del hotel, recordando los apuntes de la noche anterior, mientras esperaba á las dos mujeres y al sobrino para comenzar su diaria excursión.

Ellas llegaron por fin, y Georges con ellas.

Subieron en el carruaje y partieron.

La mañana era hermosa aunque fresca, y el mar, el cielo y la campiña, todo parecía sonreir bajo la caricia tibia del sol que salía; sólo Miss Alice estaba sombría, logrando disimular apenas, detrás de la gasa verde de su sombrero, las huellas del sufrimiento y del insomnio.

Había pasado una noche cruel.

La carta irónica de Tony, al revelarla su falsía, la hizo abrir los ojos y ver claro en su situación y en su conciencia.

¡Qué amargura de momentos, entonces! ¡qué combate en su pecho de pasiones: el amor que no olvida, el remordimiento que llora y los celos que velan!

Tuvo horror de sí misma cuando recordó la temporada última de Londres, pasada en la salita de Kensington, no ya alegre, como antes, sino triste y silenciosa, estrechando sus manos, manchadas con la sangre de Mary, el hombre que era la causa de su crimen, y á quien ella había perdonado, en su pasión insensata.

¡Y entonces, como Lady Macbeth en su delirio, restregaba furiosamente sus pobres manos!

Cuando, obligada por la oposición tenaz del padre y su partida repentina para Italia, despidióse de Tony en el parque, loca y desesperada, impotente para vencer aquel obstáculo que la separaba de nuevo, habíale dicho:

—¿Irás á Nápoles, Tony?

—Iré á Nápoles, Alice; eres encantadora y te amo.

Aún vibraba en su oído el eco armonioso de aquella frase, como queda persistente en el olfato la huella de un perfume por largo tiempo aspirado.

Y él no venía á Nápoles...

¿Qué la restaba ya? Abandonada, horrorizada de sí misma, llorando su desengaño y su crimen, todas las puertas se cerraban á su paso, hasta las de la esperanza...

Llegaron.

Después de ligera colación en el hotel, treparon al vagón funicular, y en menos de diez minutos viéronse en la estación superior; había ya allí una veintena de

viajeros, de toda nacionalidad y catadura, y era un espectáculo r sueño el que ofrecían aquellos curiosos, envueltos en la nube espesa de humo, el pañuelo bajo la nariz, mirando todo sin ver nada, y diciéndose quizá para sus adentros, con el tono amargo de una desilusión:—¿Es esto el Vesubio?

Georges imitó á los demás; echando mano de su pañuelo á cuadros, púsose á mirar, con aire estúpido, delante de sí; pero cuando Mr. James le invitó á asomarse á la boca del volcán, hizo un gesto de terror, y protestó, esta vez con la energía que le prestaba su instinto de conservación.

Siguióle, sin embargo, y á él siguiéronle otros, y aquella procesión de sombras, marchando entre el humo del azufre, en silencio é inclinadas por su marcha fatigosa, semejaba larga fila de condenados vagando en los círculos sombríos del infierno dantesco.

Mr. James y su hija fueron los únicos que se acercaron al borde del horrible cráter, y del brazo cada cual de dos hombres, osaron asomarse y mirar.

Figuraos algo como una fragua gigante, en la que hierve el fuego y se retuercen las llamas, donde se oye el bramar del trueno y el rugir del cañón, y que incesantemente vomita, hasta una altura prodigiosa, una lluvia de piedras, de lava y de humo; cree uno hallarse en los centros

infernales, y trastornado por el espectáculo terrible, ensordecido por el fragor violento, parécele ver los rojos diablillos del vértigo saltar, buscarle y arrastrarle.

Miss Alice miraba y callaba; inclinada sobre el abismo, como la noche fatal en la montaña, creía escuchar, como entonces, la voz llorosa de Mary, que decía: ¡Alice! ¡¡Alice!! y en los rugidos del monstruo, las voces del infierno que la llamaban; y la visión de su crimen estéril, de su desengaño reciente y de su vida sin fines, pasó, cual un fantasma, ante sus ojos.

De pronto... resonó un grito de horror... La joven inglesa acababa de desaparecer entre la espesa humareda.

¿Era la atracción magnética lo que la había arrastrado, ó el peso de su culpa lo que la había hundido?

Y entre la agitación de Mr. James, que corría desesperado, los lamentos de mistres Norton, que caía sin sentido, y la turbación y el espanto de los espectadores, sólo Georges Pylton quedó tranquilo; metió sus manos en los bolsillos, la una después de la otra, se encogió de hombros y murmuró:

—*All right.*

Y pensó en su oficina de la City, en su *lunch* de las dos en la *Fly's Tavern* y en su paseo á Richmond los domingos.

1884

LA BARAJA

La baraja.

Cansada de la perorata, cerró el pico la ›radora, mientras en la sala estallaban ;ritos y aplausos que el alcohol enardecía; lla, una Luisa Michel de feria, enjuta, mojamada y desagradable, ajustaba, en anto, el empinado zorongo y pedía con oz hombruna la copita de ajenjo... Poco i poco, el auditorio se calmaba; las manos evolvían fichas sobre el mármol de las nesas, los vasos se llenaban de nuevo, las ›ipas obscurecían la luz de los quinqués, y de aquel chaparrón de frases airadas parecía no quedar ya rastro, acostumbrados los oídos á la misma pedrea declamatoria, á la misma explosión de argumentos que la envidia, el despecho y la impotencia provocan en cerebros desequilibrados.

¡Hierro y dinamita contra el poderoso, el rico, el feliz! Destruyámoslo todo y sobre estas ruinas reedifiquemos el mundo á nuestro paladar, guardando para nos la mejor parte. ¿Es justo que haya ricos y pobres? ¿que unos padezcan hambre,

mientras otros se regodean? ¿que ande te
do tan mal repartido, peor dispuesto
pésimamente administrado? ¡Venga un
bomba, alcancen ustedes una tea, y viva l
chamusquina! rociemos con sangre ajen
esta tierra maldita, abonémosla con lo
cuerpos destrozados de los burgueses,
veremos brotar, como la hierba en lo
prados, el trigo, que no hemos sembrado
la fortuna, que no hemos trabajado; la fe
licidad, que no hemos cultivado. ¡Viva l
anarquía! y arramblar con todo, dejándol
más raso que la palma de la mano. Lo qu
no nos dió la suerte, ni supo adquirirlo e
ingenio, ni buscarlo el brazo robusto, n
merecerlo el corazón honrado, que la des
trucción y la muerte nos lo faciliten. Te
nemos ansia, no de justicia, sino de oro
de manjares, de placeres. Pronto sonará l
hora del deseado gaudeamus. Entretanto
¡guerra! de asechanza, de traición, en l
sombra y por la espalda; atacar á la ino
cencia misma, herir á la propia debilidad,
huir del esforzado y del esbirro; ¡como los
ogros de las leyendas, alimentémonos de
niños al natural y con sangre caliente apa
guemos nuestra sed, que así, y no con
teorías ñoñas, se regenera á la huma
nidad!...

Ahora la furia gustaba el venenoso li
cor, completamente calmada; de sus es
pasmos de pitonisa no quedábale más que
el chispear de los ojillos felinos. Y mien
tras, apoyada en la improvisada tribuna,

intera en reposo, sobre los concurrentes
iparcía la mirada observadora, un moce-
in de la mesa más próxima la gritó:
—¡Bravo, abuela! ¡viva el amor libre!
Ella sonreía, mostrando las encías des-
entadas, de mujer que ha mordido el fru-
› prohibido con gula mayor que en ati-
orrarse de ideas libertadoras; y respon-
iendo al convite de echar una mano de
ıte, bajó y se acercó á la mesa; hiciéronla
:tio los tres hombres, y al mozo paliducho
de femenil aspecto que detrás del mos-
:ador repasaba los vasos pidieron naipes
on voces y palmadas.
Pero, ya un nuevo orador ocupaba la
:ibuna y disparaba la gruesa artillería de
menazas, sarcasmos, invectivas é himnos
e muerte: no más religión, no más clases,
o más leyes, no más gobiernos... El ru-
nor de fichas se acallaba, por escuchar
nejor el palabreo epiléptico del poseso;
lgunos desconfiados, sin perder sílaba,
:chaban hacia la puerta ojeadas vigilantes,
›rontos á dar la señal convenida si acaso
a autoridad mostrara la punta de la nariz.
El efebo de la taberna, Ganimedes con
›antalones estrechos y mandil de lienzo
nuy ceñido, los ojazos socavados por vi-
:iosas ojeras, de mesa en mesa se escurría
:irviendo á los parroquianos, y entre pe-
lizcos, chanzas y cuchufletas, escanciaba
os mil menjurjes que la intemperancia ha
nventado; de modo que, por boca, na-
:ices y oídos, con los licores, el tufo y los

discursos, los concurrentes á la sentina envenenaban el cuerpo y el alma.

Las voces de los tres compañeros atrajeron al mozalbete á la mesa en que la furia apuraba las heces del ajenjo, y cumplió el reiterado pedido entregando el mazo de cartas; quiso escapar luego, pero uno de ellos, que en un periquete verificado había la cuenta de la sobada baraja, le retuvo por la manga:

—Oye, pimpollo, no está completa, ¿sabes?

—Pues, ¿qué falta?—dijo él plantando la servilleta bajo el sobaco.

—Poca cosa, hijo; las cartas principales, nada más.

El joven enarboló la servilleta como un pendón, é imponiendo gravedad á su voz de tiple, contestó:

—¡Como que es una baraja anarquista!...

Y el jovenzuelo se inclinó sobre los tres hombres y la furia, que le interrogaban.

—¡Claro está—repuso,—una baraja anarquista! ¿qué cartas son las que faltan? los ases, los reyes y los caballeros, los representantes del poder y del dinero, los opresores, los tiranos, los verdugos del pueblo: esta mañana les he cortado la cabeza de cartón; ¡día vendrá en que lo haremos en carne viva!... no he dejado sino los peones, los que nos representan á nosotros, ¡los oprimidos! ¿qué tal? ¿no es esto lo que vosotros enseñáis? mejor discípulo que yo... ¡A mí con señorones y prerrogativas!

Fuése, llamado por el repique de una ucharilla, y los tres hombres y la vieja se niraban, preocupados y corridos.

—El caso es que no podemos jugar— lijo uno.

—Claro, sin ases...—observó el otro.

—Y sin reyes ni caballeros...—advirtió :l tercero.

La mujer, afirmando el zorongo, dijo al in entre las encías, que no entre dientes, porque no los tenía:

—¡Una baraja incompleta! ¡qué tute ni ¡ué cuerno!

No pidieron otra, sin embargo. El orador seguía aullando, voltejeando el efebo :n torno de las mesas, las manos revoliendo fichas y los ojos vigilando las puertas... Pero la furia y sus tres compañeros io chistaban, ni parecían ver ó escuchar iquiera. ¡Acaso, en el fondo de la negra :onciencia la razón les murmuraba que i no se puede echar una mano de tute sin ises, reyes y caballeros, sin religión, sin ey y sin gobierno es también imposible :l concierto de las sociedades!

EL MILAGRO DE LA SALETA

El milagro de la Saleta.

Esto que voy á contar no lo he visto yo (pues los milagros son más para contados que para vistos); me lo refirió Rosita la pelinegra, y fué de la siguiente manera, punto por punto:

La abuela Cándida estaba muy mala, hacía la mar de años, á causa del reúma que no la dejaba menear de la cama; tan grave, que apenas si podía tirar de la campanita que para sus menesteres la habían puesto, cuando se quedaba sola. Era preciso darla de comer en la boca, como á los chicos, volverla y cambiarla, lo mismito que á cuerpo muerto. El médico del pueblo no tenía ya remedios en su botiquín que la sirvieran; los curanderos de mayor fama habían agotado sus enjundias, salivas y manipulaciones portentosas. ¡Pobre abuela Cándida! el dinguilindín de su campanita lastimaba los oídos y el corazón de cuantos lo escuchaban: su hija viuda, Paca la gorda, su nieto, el zanquilargo Andrés y la pelinegra Rosa, que, desde que abrió los ojos, vió á la vieja tullida sin esperanza de levantarse más.

Pues, un día vino la vecina de enfrente, Ruperta, la sacristana, y anunció que acababa de llegar un dominico de no sé qué tierras y traía lo menos, lo menos, un barril de agua pura de la Saleta milagrosa.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Paca,—que así acabarán todas las enfermedades: buen chasco para el médico, el boticario y el sepulturero.

Y Ruperta, la sacristana, refirió tales maravillas de aquella agua, que era cosa de pasmarse: ya eran cojos, que veían; ciegos, que hablaban; mudos, que andaban; mancos, que oían... en fin, lo incurable y lo imposible remediado de súbito: sólo con beber de ella una dedada y creer firmemente en su eficacia divina, cátate bueno y sano. Oyó la abuela la extraordinaria relación, y ¡dinguilindín! llamó con la campanita.

—Anda, Rosa, hija mía, y pide al padre dominico que te dé una limosna del agua milagrosa, que me levantará de esta cama y sanará por la intercesión de la Saleta, mi señora.

Fué á escape la chica y encontró al reverendo paseando en el huerto con el señor cura. Ahora bien: lo que la sacristana dijo respecto á la cantidad de líquido importado era abultamiento noticieril, del que padecen todos, aun los que no escriben en los papeles; porque no trajo el padre semejante barril, ni botella siquiera, sino una redomita pequeña menos grande

que el puño, casi vacía ya del pordiosear devoto de los vecinos. Pero, como era hombre listo, por aquello de que la fe curó á Marta, y no el palo de la barca, agotada ó poco menos la provisión de agua santa, no tenía escrúpulo en distribuir la vulgar de la fuente bendiciéndola con dos manotadas. Dió, pues, á la pedigüeña una poca de ésta en un cacharro de vidrio, y con ella volvió á casa Rosita más contenta, como que llevaba en las manos la salud de la abuela.

Cual la lechera de la fábula, iba por aquellos campos haciendo cuentas galanas. Veía á la abuela andar por su pie, vestirse sola, enhebrar la aguja, ir á misa y salir de paseo, todo gracias á la acción sobrenatural de aquel claro y precioso líquido que, dando lamiditas á los bordes de la vasija, parecía querer escapar y derramarse. Rosita no quitaba ojo, cuidando de que no se derramara una gota, y muy formal y pausadamente caminaba, á pesar de sus alegres pensamientos. Pero, sabido es que por donde va la hermosura ó la inocencia, el diablo va de ronda, y miren ustedes cómo á lo mejor metió la cola, sin duda intencionalmente, é hizo caer á la muchacha...

¡Dios mío! ¡qué pena, qué desconsuelo y qué llanto! el cacharro vacío y el agua vertida en la tierra, que la bebió de un sorbo para hacer el milagro, que á diario realiza la santa Naturaleza sin que la in-

diferencia se percate del prodigio, de remojar una semillita que los pájaros dejaron en el surco, y transformarla en menudos tallos cuajados de savia, en hojas de verde seda y en espigas de oro.-Sentada á la orilla del camino, la rapaza afligida dudaba si tornar á la huerta donde el dominico paseaba con el señor cura, y contarle el percance, ó entrar en su casa diciendo que el divino manantial se había secado. Fué éste momento angustioso para la pobrecilla, en que la mentira, madrina de la infancia, la ofreció todas sus artimañas para salir del apuro; y quizá el enemigo, que no andaba lejos, riéndose de su hazaña, la sugirió también la más perversa de ellas, ya que la responsabilidad de las propias acciones gusten los niños y los grandes de echarla sobre los hombros del vecino.

Lo cierto es que cuando más embebecida en su desgracia estaba Rosita, oyó alegre murmurio de fuente que desde la enramada próxima parecia llamarla, y la muchacha saltó al punto, recogió sin vacilar su cacharro, llegó á la fuente, lo llenó y con el mismo cuidado de antes marchó para su casa.

Al poner los pies en el umbral, sonaba el dinguilindín de la abuelita.

—Rosa, hija mía, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, abuela, y la traigo un litro lo menos del agua milagrosa.

Acudieron, muertos de curiosidad, Paca

a gorda, el zanquilargo Andrés, Rúperta a sacristana y muchos vecinos, y todos netían los ojos en la vasija para descubrir as cosas portentosas que, según se asegu-aba, debían de verse al través del líquido :ristal.

—Quiten ustedes, que harán que la de-rame—protestó la portadora;—dice el pa-lre que eso no lo puede gozar sino quien ha de tomarla, si está en gracia.

Siguieron á la mentirosa todos, en res-petuoso cortejo; la abuela, enajenada, be-bió lo que quiso y se quedó sobre la al-mohada como presa de un éxtasis ó de un desmayo. Preguntáronla si veía algo, y ella contestó que á una dama blanca, con una cruz y un cáliz y una venda en los ojos. Preguntáronla si sentía algo, y la abuela contestó que una comezón en las piernas, á la manera de suaves pellizcos. La deja-ron medrosos y se alejaron todos de pun-tillas; Rosa, tan confusa y asustada ya de la superchería, que se acostó sin cenar, y en su camastro se pasó la noche rezando para que Dios la perdonara su feo pecado.

No sonó el dinguilindín de la abuela en toda la noche. Al alba sintió Rosita unos pasos que no conocía, que no eran ni los de su madre ni los de Andrés, y pensó que venía el diablo á llevársela por embustera y trapalona. Se arrebujó entre las sábanas y sin respirar ni moverse estuvo buen rato, sudando de miedo, hasta que oyó abrir su puerta y una voz que la llamaba:

—¡Rosa, Rosita!

¡Era la voz de la abuela, era la abuel misma, que entraba en su alcoba y acerca ba á ella su carita rugosa para besarla; l abuela, que andaba sola; la abuela, qu acababa de recobrar su salud con el agu de la Saleta!

Espantada, Ros'ta no quería creerlo.. La nueva alborotó la casa, alborotó el pue blo, alborotó el contorno. Todos deseaban ver á la abuela Cándida. Y el domingo si guiente la llevaron en triunfo á la iglesia, celebrándose una función con mucho in cienso y campaneo.

Y ésta es la hora que la pelinegra Rosi ta no se ha explicado aún lo acaecido. Porque el milagro se hizo, ¡vaya!, digan lo que quieran los incrédulos y cuantos sa bios en el mundo son.

DIOS DA TURRÓN...

Dios da turrón...

Del gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos trasatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decírselo, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad anubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entretenían ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien con-

quistado: él quería que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas, y junto á la cual tuviera la fábrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de una montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empenachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada; ella, en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, con la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y convenían en que no era ésa ni aquélla: la suya, la propia era otra, y seguían acopiando materiales para construirla, plantando arbolitos, trazando caminitos; ¡y cuánto adelantaba la obra, puestos de acuerdo los dos arquitectos! ¡qué hermosa parecía y qué magnífica! como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro

ue no se agota tan presto como el bollillo.

Pues, señor: se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad taliana que muy justamente llaman de ıpodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuestas y bajando cuestas, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (dígase con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracero, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden.

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *tris, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antípodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh sorpresa!

Aquélla, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de artificio, que figuraba en pequeño la famosa de Capri..., y árboles y plantas raras de todos los climas, el café, el algodonero, el alcanfor, cuyas hojas despiden el olor característico á poco de apañuscarlas. Y animales, todos los domésticos, todos los que se han sometido al hombre y son sus amigos, útiles ó hermosos. Junto á lo necesario lo bello, junto á lo bello lo ingenioso, como los juegos de agua que sorprenden y remojan, y la higiene y el arte en maridaje estrecho reinando en paz á la sombra de la cruz de la capilla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro.

¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y las mariposas, parecía revolotear el amor con sus alitas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero?

erdad que aquí pasan su luna de miel gunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabeta rubia con despecho. Y el estirado seor se dignaba dar informes: el propietao era marqués, un marqués riquísimo... Rico y marqués!... ¡Qué feliz debía de er! Mucho, mucho más que ellos todavía. Era casado? ¿era soltero? ¿joven? ¿viejo? ero el personaje no contestaba ya, por liscreción ó por sordera. Ellos pensaban ue sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría u linda mujercita y su media docena de ngelotes graciosos; porque un paraíso in ángeles, ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hacia la casa:

—El señor marqués.

Y vieron que, sentado bajo el corredor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la

naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La parejita envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!

CARRASQUILLO

Carrasquillo.

Carrascón, el padre de Carrasquillo, estaba desesperado. ¡Que un muchachote robusto y hermoso como aquél, listo, ágil y buenazo hasta dar en los límites de la mansedumbre, bachiller al igual que su homónimo cervantino, y sabiendo de todo más que un libro cerrado, dejárase dominar de la pereza, que atrofiaba su voluntad, y en la molicie fuera gastando cuarto tras cuarto el haber de su madre difunta, la Carrasca! Y en tontunas nada más: con la barajita y el dominó y el tute de copas y la discusión política y el toreo de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él. Proporciones ventajosas para casarse se le brindaron varias á Carrasquillo, de mozas guapas y bien acondicionadas; pero él que no, y á la taberna ó al capeo de reses, con su chaquetilla corta, el pantalón muy justo y el cordobés sobre los ojos, encendiendo de amor los corazones femeninos que le salían al encuentro, como fósforo que á la pólvora se juntase.

Pensaba Carrascón, y pensaba bien (que

era hombre sesudo y cabal), que mientras no pasara á vicios mayores sería relativamente fácil curar á Carrasquillo de este sarampión juvenil en que caían todos los del pueblo, más ó menos gravemente, y que si no se acudía á tiempo, no digo yo el haber de la Carrasca, sino el de toda la carrasqueña familia se iría en cuernos y copas. Y Carrascón se tiraba de los pelos (que los tenía muy largos y recios) cada vez más desesperado.

Entretanto, como esto no parecía remedio apropiado para sanar al muchacho, con amaños y socaliñas llevóle á la consulta de un médico, como extranjero muy sabio, famoso porque decía las más graciosas verdades del mundo con tal frescura, que escuchar una de ellas y sentir la impresión de una coz era todo á un tiempo, y no había más que reirse y rascarse.

Examinó profundamente el sabio al chulillo, le metió las gafas por todos lados y soltó la coz científica en esta forma: «Raza degenerada. Depresión cerebral, de la que el corte del cabello, la cintura ceñida y la caída del sombrero son síntomas inconfundibles. Inútil para el trabajo. O cambia de vida y de ropa, ó muere en corto plazo», dijo, y cobró sus buenos duros en moneda de su tierra, que pesa más. Los otros se volvieron furiosos: Carrascón, por aquello de la raza, que se le figuraba un insulto á todos los Carrascos, familia honradísima, valiente y laboriosa, algo venida á menos,

ero emparentada de lejos con reyes y se-
alada ya en las historias en tiempos que
os paisanos del sabio andaban á cuatro pa-
as; y Carrasquillo, por el bromazo del pa-
re y la desvergüenza del viejo, que así le
abía tratado, sin respeto á sus tufos.

Y ocurrió que se engolfó más en la chu-
ería, cayendo en garras de usureros las
ejores parcelas de tierra de su haber. Se
asaba la noche en la taberna; y cuando
os pájaros madrugadores convidan al tra-
ajo, y el sol, amigo de la gente honesta,
oraba la flecha del campanario, marcha-
a á tumbarse á su casa, donde á pierna
uelta santificaba los días que no eran festi-
os, que éstos y los domingos, ya se sabía,
arrasquillo en la plaza, muerto de gusto
on el despanzurrar de los pencos, y ebrio
e sangre hasta el delirio. Llegó á tanto su
esatino, que con cuatro gandules de su
specie formó una comparsa, mandó que
e hicieran un traje de luces, y en la
rimera corrida de becerros organizada
u triunfo fué tan grande, que el eco de
os aplausos dejó sordos á muchos ve-
inos, y aún perdura en los carrasqueños
nales.

Mientras él ocupaba así su tiempo pre-
ioso, los usureros no perdían el suyo, y
acían mangas y capirotes del campo, que
ra de labor y de mucho rendimiento. Ca-
rascón, que les espiaba, daba voces pater-
ales, y de tanto vocear él y tanto abusar
os otros, se armó un zipizape en la ta-

berna, donde el más contundente estacazo derribó á Carrasquillo hecho una pelota.

La mata cabelluda de Carrascón era abundante, felizmente, y á ella se prendió mi hombre, clamando justicia. Tenía el pobre Carrasquillo una raja en la cabeza, en la que cabía holgadamente la mano, estropeadas las narices y desconcertados varios huesos, por lo cual todos creyeron que si no se le acababa la vida, perdería seguramente el poco seso que almacenaba. Le sacramentaron y velaron afligidísimos: muchos daban ya el pésame á Carrascón, y éste lloraba á mares, por él y por la parte que á su difunta Carrasca la hubiera tocado en la desgracia.

Pero la juventud, generalmente, no se deja abatir como no sea de alfeñique, y por eso hay quien dice que vengan palos en carnes frescas, los que, aumentando la circulación sanguínea, robustecen y preparan el cuerpo para los golpes de la suerte; esto debe de ser verdad, pues de allí á tres días se levantó Carrasquillo más sano que antes de la paliza, y si de algo dió muestras fué de hambre y no de dolor. Calmado que hubo esta natural impertinencia del estómago, pidió su ropa de diario, la de los domingos y el traje flamante de luces; hizo un lío con todo y lo arrojó al corral por la ventana; vistió un pantalón y una chaqueta del padre, de sus buenos tiempos de labriego, se cortó los tufos, cogió una azada y se marchó al campo que

quedaba, último resto de su hacienda... arrascón, que le seguía, le tuvo por re-atadamente loco. ¡Y qué decir cuando le ó detenerse en la taberna y con muy ompuestas razones exhortar á los de den-o á que dejaran barajas y copas y fueran dar su sudor á la tierra, que les esperaba morosa y sedienta! ¡Y qué, cuando de-nte del pueblo entero consternado, co-enzó á manejar la azada, y dando aza-onazos se pasó el santo día!

—¡Carrasquillo está loco! ¡Infeliz Carras-uillo!—exclamaban todos en unánime oro.

¡Infeliz Carrasquillo! ¿Quién podía du-lar que estaba chiflado, cuando se supo ue en la puerta de la plaza colgado ha-ía un cartelón que decía en grandes le-ras: *Escuelas públicas*, y en su aborreci-niento por la fiesta nacional, intentó con as tablas de los tendidos armar bancos, y odo convertirlo en material para la ense-ñanza, como en tiempo de guerra todo el metal se funde para balas y cañones? Iba por las calles reclutando niños y adultos, lo mismo los vagabundos que los que no lo eran; y por los pueblos, maestros, todos los que quisieran venir, que bien pagados y contentos saldrían. Ciego en su campaña, hacía á todos frente, y brazo á brazo pe-leaba con la ignorancia, con la pereza, con el vicio, con la miseria, con la rutina, con la plaga entera de males que á él le llevaron hasta ser apaleado y puesto á dos de-

dos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marras, y el sabio le plantó esta coz en mitad del pecho:

—Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá.

LAS TRES ESMERALDAS

Las tres esmeraldas.

—¡Señor, ayúdame!—clamó una voz en la llanura desolada.

Volvió Jesús el divino rostro y se detuvo; á sus pies estaba el Alma, desnuda y aterida, que imploraba la compasión del misterioso caminante, los brazos en cruz, secas las cuencas de los ojos. Horrible era el silencio de la noche; el torrente de la revolución social había inundado el llano, destruído hogares, ganados y mieses, apagado los hornos de las fábricas, derribado el ara del templo. Conciencias y corazones yacían en siniestra obscuridad, y como cuervo sobre el campo de matanza, revoloteaba la Duda entre las ruinas. Dijo Jesús:

—¿Qué me quieres?

Y asida á su blanca vestidura, el Alma, de rodillas, suplicó:

—Mira, Señor, cómo estoy y apiádate de mí. Todo lo perdí y no me queda más que escaso aliento para arrastrar el esqueleto, dentro del cual me consumo y ago-

nizo. Apenas salté del regazo materno, perversas compañeras me quitaron la flor de la inocencia, y clandestinamente y á mansalva luego, unos que llaman filósofos y reformadores me arrancaron las alas de la imaginación, ahogaron mis ideales, entorpecieron mis sentimientos y enseñáronme á renegar de Dios, borrando su santo nombre de mi memoria. Enseñáronme otras cosas nefandas, que el mal ejemplo disculpaba y celebraba, é hicieron de mí un sectario de dos ídolos monstruosos, el Ateísmo y la Anarquía. Porque su obra fuera completa, de las regiones del Norte vino negra bandada de ideas que cegaron mi razón. Así no soy yo quien ejecuta, sino ellas que me impulsan. Quiero, y no puedo querer. Mi voluntad no me obedece, mi razón no me guía; tengo ojos y no veo; lengua, y rechaza la oración que yo la dicto, para repetir la blasfemia aprendida. Mis piernas andan por otros senderos que los rectos y fáciles á que las encamino. Mi hambre y mi sed no las apagan las modernas filosofías. ¡Señor! ¡quiero creer! Que me devuelvan las doradas ilusiones de mi infancia, todo cuanto me han robado y en este naufragio universal he perdido. Luz, para gozar de tu vista. ¡Apiádate de mí, Señor! ¡quiero creer, quiero amar, quiero rezar, quiero soñar!

Jesús lloró. Y tendiendo su manto sobre el miserable, le ordenó que le mostrara el corazón. El Alma abrió su pecho

mostró el corazón, que era á modo de manzana comida de gusanos.

Puso en él las manos Jesús y le curó. Luego sacó tres esmeraldas, gordas como nueces, y se las dió.

—Toma—dijo Jesús.—Te doy la Fe, la Esperanza y la Caridad. Guárdalas, cuida de que no te las roben en el camino, y serás feliz.

Al mismo tiempo sopló ligeramente sobre ella y la mandó que se levantara.

—¡Levántate y anda!

Como Lázaro, el Alma se levantó y anduvo. Y el hálito divino enjugó la tierra, encadenó el torrente, cubrió de verdor el prado y alivió miserias y destrozos.

Y en lo más alto de la montaña alboreó el nuevo día, iluminando la risueña llanura...

ANTROPOS

Antropos.

Antropos, el viejo Antropos, se sintió poseído de soberbia imponderable.

Había sometido todos los elementos; había descubierto todos los arcanos. Sabio, poeta, guerrero, legislador, artista, en las esferas todas humanas había descollado y brillado como el sol. Había bajado hasta el fondo de los mares, subido hasta el seno de los cielos misteriosos; hizo á la diosa Electricidad su esclava, y de la palabra nueva paloma mensajera que en un solo revuelo rodeara el universo; dió fijeza eterna al sonido é iluminó las últimas reconditeces de la vida y de la muerte, en la evolución completa de la célula y el microbio. Destilando la más pura esencia de la filosofía, enseñó á amar á sus semejantes, y á matarse entre sí con mayor acierto, combinando los agentes químicos más perversos, que el bien y el mal fueron siempre fatales compañeros é inseparables de su naturaleza terrena. Con la lira, el cincel y la paleta cautivó á la Belleza esquiva, y todas las voluntades se rindieron á su genio soberano.

Reinaba en absoluto sobre el mundo. Laureles inmarcesibles ceñían su sien olímpica y las palmas de la ciencia esmaltaban su blanca veste.

Y dijo Antropos:

—No quiero más vivir en este llano, donde las pasiones de los hombres me molestan y entorpecen mi profundo meditar. Sus voces y sus querellas me lastiman y el verles continuamente me desagrada. Me alejaré de ellos y asentaré mi palacio en la montaña. Allí, libre de todo trato, en la soledad y el silencio, con las Ciencias y las Artes, mis amadas, pasaré largos años felices.

Llamó á la legión de geniecillos que le servían, y en un periquete cargaron con el palacio, que era de mármoles y jaspe, y lo transportaron á la montaña más elevada.

Antropos, satisfecho, se asomó á una ventana del palacio y vió á los hombres, sus semejantes, como hormigas en el llano, inquieto enjambre que se dividía en innumerables grupos de caminantes, cargado cada cual con el grano de sus necesidades, trabajos, ambiciones, vicios y pecados.

Y sonrió de orgullo al sentirse tan alto, lejos para siempre de la mísera caterva, á la que privaría de su vista, como Dios.

Pero notando que los árboles desafiaban con sus gallardas copas las cornisas de la casa y en el bosque se oían rugidos de guerra y piadas de amor, tornó á llamar á sus genios.

—Más alto aún; quiero que mi morada domine la tierra y no haya sobre ella más que el dosel azulado de la atmósfera.

Cargaron de nuevo los geniecillos con el palacio y le colocaron sobre la nieve eterna, allí donde no hallaron trazas de vegetación ni de vida animal. Y Antropos se asomó otra vez á su ventana y no distinguió más que la llanura toda blanca, sin mata de hierba ni sér viviente que la hollase; el rumor de los de abajo llegaba, sí, pero tan tenue, que era como el de la brisa, que acaricia y no molesta. Entonces Antropos sonrió como antes, más satisfecho que antes.

Sus días se deslizaron en la paz del estudio. El Egoísmo, armado de todas armas, guardaba las puertas de la fortaleza, y sobre ella la Soberbia desplegaba su pendón de púrpura. Antropos era feliz, muy feliz.

Una tarde escuchó ligero ruido que en aquel silencio parecia estrépito, y Antropos divisó dos condores magníficos que, más altos que él, le burlaban con sus alas poderosas. Furioso llamó por tercera vez á sus genios.

—No quiero que otro que yo reine en el espacio—les dijo.—Construiré una torre, á cuya cúspide nadie podrá alcanzar, así tenga las alas del propio Icaro.

Y mandó demoler el palacio, para lo cual bastó la explosión de su voluntad, y que con los mismos materiales se levantara la torre que en altura sobrepasaría á la

bíblica, su modelo. En una noche y un día la Arquitectura, su sierva, y los dóciles genios alzaron la torre, tan gallarda que las nubes se amontonaban vengonzosas á sus plantas. Antropos se asomó y vió el espacio desolado, no escuchó más eco que el silencio...

Al fin se creyó solo, absolutamente solo, rey de todo lo creado: su trono de grandeza tenía por cimientos las mismas nubes; la vida se arrastraba, allá abajo, como la serpiente maldita. Encima de él no había nada, nadie... Alzó los ojos con un gesto de orgullo supremo, y descubrió millares de mundos, el reguero diamantino de estrellas y de soles. ¡Oh rabia! ¡oh humillación! encima de él, allá arriba, siempre arriba, existía algo superior que le dominaba y vencía. ¿De qué servíale su ciencia? ¿de qué su genio?

Seguiría subiendo, subiría más, subiría siempre, más arriba que nunca, y en su ascensión gloriosa no pararía hasta hollar con sus pies los astros.

Como á las órdenes de su deseo todo se plegaba humildemente, ante él se presentaron las Ciencias, prontas á cumplir sus mandatos; y bajo su dirección, en menos tiempo que la torre aún, fabricaron un globo prodigioso, que otro igual no volverá á verse.

Y en él subió Antropos, remontándose por los aires como flecha que se dispara de su arco.

¿Quién más alto que él? Abajo, las nu-
es cubrían ya la torre y en un océano de
apores se sumergía la tierra entera: An-
opos, el único, el soberano, tocaba ya á
is estrellas, las insolentes disputadoras de
a poderío.

Y subía, subía, subía siempre, siempre
rriba. Sobre las ondas del éter navega-
a como en la inmensidad de un mar azul,
lesierto y mudo.

Mas á medida que se alejaba de su ma-
lre, la tierra, y de los hombres, sus herma-
os, la vida que animaba el cuerpo de An-
tropos, el calor que encendía su sangre y
la lámpara de su cerebro iban deprimién-
dose y apagándose: sus miembros temblа-
ban, le zumbaban los oídos, los ojos se le
cubrían de nieblas espesas, y el pensa-
miento poco á poco quedaba aterido, como
pájaro que sepultó la nieve. Su compañe-
ra, la Medicina, quisiera prestarle auxilio,
pero ella también se sentía impotente en
la majestad solemne del espacio, ella, hija
raquítica y ciega de los humanos.

Y el globo subía, seguía subiendo siem-
pre. Antropos, en el fondo de la barquilla,
no percibía ya el fulgor de los mundos so-
bre su cabeza. Tenía los ojos cerrados y
no respiraba...

Así murió Antropos, el soberbio, asfixia-
do en el vacío.

LA VIUDA

La viuda.

Dando diente con encía, la vieja *ña Tocuatra* contaba que la vió pasar y hundirse en la laguna, de vuelta, al anochecer, con una brazada de leña á su rancho; José Contreras, su nieto, aseguraba que también la vió, no una, sino varias veces, y el capataz y las hijas del capataz, y el pulpero y la mujer del pulpero, y casi los peones todos de la *estancia:* era de estatura desaforada, más alta que los árboles más altos; su manto parecía una nube de tormenta que fuera rasando la tierra, en cuyas negruras temerosas se envolvía completamente, sin mostrar pie ni mano, ni los encendidos carbones que está obligado á gastar todo buen fantasma. Tampoco olía á azufre; algún asustado testigo, de largas narices, juraba que si á algo olía era á tabaco, síntoma de progreso, que también á lo sobrenatural y extraordinario alcanza, sin que este detalle amengüe en un ápice la legitimidad de la espantosa aparición.

La cual, como queda dicho, era toda

negra y llevaba dos meses de pasear aquellos contornos, obligando á cerrar puertas y ventanas á cada quisque así que anochecía. Como no hacía otro ruido al andar que el que produciría el batir de unas alas de murciélago, la visión repentina y horrible desarmaba el ánimo del precavido y del valiente como quiebra una paja el aire, y á merced suya le rendía allí donde le encontraba; que tal le acaeció á aquel matón de Hilario, quien con el facón desnudo salió una noche de truenos á esperar á *la viuda* junto á la tapia del cementerio, y patas arriba se le halló á la madrugada en el mismo sitio, con más miedo que vergüenza.

Sentados alrededor del fogón, mate en mano, mientras al calor de la llama el ensartado cordero, acabadito de desollar, se tostaba lindamente en el asador, los gauchos evocaban recuerdos de apariciones semejantes que en otro tiempo asolaron el pago, y las chinas jóvenes, de morenotas carnes y trenzas de cerda, no se atrevían á moverse del temor que las daban sus inquietas siluetas dibujadas sobre los muros ahumados de la cocina. Pegados al pecho de sus madres, los niños gemían de miedo del coco, y todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, valientes y pusilánimes, temblaban y santiguábanse al tender las sombras sus crespones sobre la comarca.

El único que se mantenía sereno y des-

eocupado era *ño Usebio*, el del pajonal. asta se burlaba del fantasma, diciendo ıe iba á hacer y acontecer y que ¡ay de ! si osaba aparecer del lado de su rancho cruzarle el camino: amartillado el traıco, á la mano el lazo, ya podía venírse- : encima una legión de espectros, que él ıás temía á los vivos que escurren el bul-), que á los muertos que resucitan, y á n ánima del purgatorio se la ahuyenta on padrenuestros. Para cobardes, Hilario.

Cada tarde, concluída su faena, monta- a en su bayo dorado y al trotecito diriíase hacia el pajonal solitario, allá en los onfines del poblado. Iba cantando ale- ;remente; pero así que apartado se encon- raba en la inmensidad del campo, enmulecía, soltaba las riendas y giraba miradas ecelosas, encogido el espíritu y floja la oluntad... Porque *ño Usebio*, dijera lo ıue dijese, temía más á los muertos que á os vivos: gaucho de pelea, bravucón de)ficio, su valor y sus hazañas eran ya le- ;endarias y en aleluyas las celebraban los :hicos de la escuela; ningún hombre se le ponía delante, ni él consentía que se le pusiera. Pero hay deudas con los muertos que no se pagan con la propia vida, y hay ánimas que si vuelven á la tierra no es para recoger un padrenuestro. ¡Y cuánto, cuánto á la difunta Rosario debía *ño Usebio!*

Con ella pudo casarse, y dejó desdeñoso que se casara con otro; mas todo fué verla en brazos ajenos y entrarle la codicia y

despertársele la mala pasión, de tan violento modo que, casada la hermosa hija de *ña Tocuatra* con el finado Contreras, la arrebató á poco en su caballo y en un rincón de la pampa, la tuvo secuestrada largo tiempo á su capricho. La devolvió á su hogar cuando de ella quedó harto, y la arrebató de nuevo cuando los colores de la salud y del buen trato embellecieron la flor que él había ajado; y entre estas alternativas murió el blando Contreras de pena, nació el José, en cuyo tipo gallardo sospechaba el raptor vislumbres de la propia sangre, y enfermó y murió Rosario maldiciéndole.

Esta maldición pesaba sobre *ño Usebio* como una piedra que no le dejara levantar su cabeza, encuadrada de lacia melena gris, sino por el resorte de la soberbia, en el corro de la pulpería; de continuo, en la soledad, la clavaba sobre el pecho, dentro del cual ni de noche ni de día cesaba el escarabajeo de los remordimientos, á modo de hirviente gusanera. Aquel fantasma, aquella *viuda* lúgubre que rondaba el pago, bien podía ser el alma condenada de Rosario, que venía á buscarle para que fuera á compartir con ella el castigo, como instigador y causante del pecado. Y *ño Usebio* no lo dudaba, dispuesto desde luego á entregarse sin resistencia á quien le reclamaba de orden de la justicia divina, ante la cual no hay armas que valgan, bravatas ni valentía.

Conforme *ño Usebio* se acercaba al pa-nal, que ya la noche cubría por comple-, comenzaba á rezar en alta voz, y re-ndo entraba en su rancho, el que apre-rábase á cerrar con barra y cerrojo. lasta entonces, felizmente, no había to-ado con el fantasma, y la dilación le pa-ecía augurio de que su arrepentimiento ncero alcanzaría á rescatar su crimen á l larga, y sus oraciones el reposo de Ro-ario.

Pero una noche, la de San Juan, sus ojos spantados le divisaron en mitad del ca-ino, semejante á columna de humo que aliera de la tierra y tocara el cielo. Las alabras del avemaría se le atragantaron *ño Usebio* en la garganta, como puñado e piedrecillas que quisiera tragarse.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!—dijo por tres eces.

Y se vino del bayo abajo, herido de te-ror. Apenas estuvo derribado, la inmen-a mole negra se movió y avanzó hacia el ísero, que la miraba llegar repitiendo ¡Jesús! ¡Jesús!» con horrible castañeteo e dientes; ya la tenía cerca; ya la tenía ncima, tan grande, tan negra, que llena-a y obscurecía el contorno... *Ño Usebio* ió un salto y corrió hasta su rancho, in-entó cerrar, no pudo, y se agazapó en un ngulo, murmurando siempre: «¡Jesús!»

Como fuego fatuo, la sombra le persi-uió y entró con él, que era maravilla que iendo tan grande lo consiguiera. *Ño Use-*

bio la vió erguirse delante de la ventana, envuelta en el rayo de luna, rodeada de una turba de murciélagos. Y dando la cara contra el suelo, gimió:

—¡Rosario Contreras, perdón!

Él solo era el culpable del nefando delito en que la familia de Contreras perdió la honra y la felicidad; él solo el merecedor del castigo eterno; si Rosario pagaba en el purgatorio cuentas ajenas, que se hiciera justicia, y ya que su última hora había llegado, tuviera Dios misericordia de él.

—¡Perdón; misericordia!—balbuceaba tembloroso.

Entonces se oyó un gran ruido, tal como si el rancho se derrumbara, y estalló un grito de fiera que huele la sangre. *Ño Usebio* vió caer el armazón de palitroques y de trapos que á José servía para su broma siniestra, y surgir al muchacho, descompuesto, terrible, el facón en alto, vengador casual de ignorados agravios.

Ño Uscbio le reconoció, y diciendo por última vez «¡Jesús!», se entregó sin defenderse...

Desde aquella noche *la viuda* desapareció del pago.

LA GUITARRA DEL DIABLO

La guitarra del diablo.

Apenas habrá biblioteca infantil que no tenga su bonito cuento de la princesa encantada, á quien una bruja rencorosa echó la maldición porque olvidaron de convidarla al bautizo. Generalmente, la pobre princesa duerme como una marmota unos cuantos miles de años, ó padece las salvajadas de algún fiero dragón ó de algún gigante de mal genio, hasta que de luengas tierras viene á redimirla de su sortilegio un príncipe rubio y ojeroso, que en un dos por tres deshace el encanto y acaba casándose con la dormilona, siendo ambos muy felices, como sólo en los cuentos se puede llegar á serlo. Y colorín, colorao...

Tal es la base de estas historias de niños. La médula ó la moraleja varía, pero siempre es el amor el agente sobrenatural y poderoso, ante quien la maldad y toda su cohorte de perversos auxiliares se rinden vergonzosamente.

Pues bien: la historia de la princesa Nervosina, escrita en lengua indostánica y no traducida hasta hoy, no se parece nada á las corrientes que todo el mundo

conoce, y es la más rara y extraordinaria que pueda imaginarse ó la más ingenua y sosa de todas, según se acierte ó no con el intríngulis que, al parecer, se trae dentro.

Esta princesa Nervosina era la hija única del rey de aquel país, allá por los tiempos de Maricastaña, antes de la conquista de Tamerlán, siglo más ó menos, y como tal unigénita la criaron bajo un fanal, sin duda para librarla de moscas y cortesanos, con cuidados tan exquisitos, con precauciones tan exageradísimas, que si de bella y discreta nadie la disputaba la palma y bien asentada estaba en el pináculo de la grandeza humana, á salud robusta y alegres colores cualquier aldeanota de las que andaban descalzas por los campos la daba quince y raya. Nervosina era pálida como el loto sagrado, sensible como la cuerda tendida que el arco hiere y hace vibrar, físicamente frágil como si fuera de materia quebradiza; el aire la producía estornudos, fiebre el sol, los perfumes aturdimiento, la música jaqueca, el silencio bostezos, la soledad hastío y enfado la compañía; en invierno tiritaba, y se sofocaba en verano; ni el agua ni el vino probaban á su estómago delicado, que toleraba apenas la miel y las frutas de sus comidas; de modo que traía á su padre y servidores desesperados y revueltos.

Mandaba hacer el rey obras costosas en el palacio para que la primavera sonriese perpetuamente á su hija; despachaba emi

sarios que la trajeran manjares y objetos curiosos de otros países; organizaba fiestas unas veces, imponía otras silencio de claustro, consultaba augures, ofrecía sacrificios, y Nervosina siempre triste, siempre pálida, desganada y caprichosa, con síntomas cada día más singulares de su hiperestesia irremediable.

El gran sacerdote, anciano muy avisado de barbazas como el armiño, fué de opinión que á doncellez que se queja sólo cura el amor, y en seguida salieron los embajadores con encargo de buscar novio á pedir de boca; pero Nervosina rechazó á todos los pretendientes y dijo que no quería casarse... El rey se llevaba las manos á la corona, los cortesanos se las llevaban á la cabeza y en el palacio todo era confusión, incertidumbre y ansiedad.

En esto, y de súbito, Nervosina puso el grito en los pintados techos y dió á entender que un dolor agudísimo laceraba su corazón. ¿Qué tendría la princesa en aquel corazoncito, al que todos, altos y bajos, rivalizaban en agradar? La ansiedad, la incertidumbre y la confusión subieron de punto en el palacio: el rey rasgó sus vestiduras (y eso que estaban acabaditas de estrenar) y mandó que de los cuatro extremos del imperio vinieran los médicos más famosos y del extranjero también, y de la China, de la Birmania, del Afghanistán y de la empinada cúspide del Himalaya llegaron, montados unos en rápidos

corceles, otros en prudentes elefantes, otros en sobrios camellos y en veleros barcos otros por el mar de Omán y el Indico Océano, reuniéndose la muchedumbre científica en el salón más grande que en el palacio había. Uno por uno examinaron á la enferma, y cada cual expresó su diagnóstico y apuntó el remedio del caso; y como unos y otros no se entendían y recíprocamente se estorbaban, dispuso el rey ensayar el método de cada cual, y aquel que triunfara del dolor de la princesa, ése tenerle por el médico de cámara y por el más sabio de los médicos todos.

Y así se hizo. Sucedía que la enferma, á las primeras gotas del menjurje se ponía buena, ó al menos lo parecía, porque se calmaba el dolor, retrocediendo á las últimas células en que, como pérfida alimaña, hallábase guarecido; pero no bien la esperanza retoñaba en el alma del rey y la alegría del triunfo coloreaba la amarilla tez del doctor, sacaba las uñas de nuevo, y de nuevo la dolorida princesa elevaba el grito á las nubes. Uno por uno, y uno después de otro, escollaron todos y hubieron de marcharse derrotados; y cuando ya el rey no sabía á qué ídolo encomendarse, y el gran sacerdote, hundidos en las barbas de armiño tres dedos de la derecha mano, buscaba la solución del peligroso problema que tenía paralizados los negocios de Estado y la vida de la nación, se presentó pidiendo hablar

á S. M. un chino miserable, quien aseguraba curaría á la princesa, siempre que le permitieran hablar claro, de manera que los ecos de la verdad no escandalizaran á los de la mentira, de la adulación y de la lisonja, huéspedes eternos de los palacios, entre cuyos dorados viven como entre el polvo las sabandijas.

Dejáronle que se acercara á la regia presencia, y con el permiso de decir cuanto quisiera, dijo el chino:

—Lo que la princesa tiene es hartazgo de regalo, inflamación de caprichos y flato de voluntad. Todo ello se cura con cuatro palos en salva la parte, hambre de ocho días, frío en invierno, calor en verano y trabajo manual todo el año.

Furioso el rey, condenó al insolente á ser decapitado por el delito de decir la verdad, lenguaje que en sus reales oídos no estaba bien que sonara, y publicó edictos por medio de trompeteros ofreciendo buena parte del oro de sus arcas al que curase á la princesa.

Continuó la peregrinación médica y el dolor de Nervosina sin darse á partido meses y meses, engañando y burlando á todos, cambiando de sitio, saltando de un extremo á otro del precioso cuerpo, que iba extenuando á ojos vistas, hasta que la fama, telégrafo de todos los tiempos, trajo al palacio la noticia que un médico existía conocedor profundísimo de las enfermedades de los nervios, el cual se al-

bergaba en un antro del Himalaya, y por salir de su estudioso encierro pedía el oro y el moro.

No vaciló el rey, y mandó que en un palanquín bien escoltado condujeran al sabio á palacio, enviándole antes, para disponerle bien y convencerle mejor, una larga reata de acémilas tan cargadas de oro y piedras preciosas, que había para comprar muchas conciencias.

Pero ocurrió que, á pesar de tan magníficos avances, el sabio no consintió en subir al palanquín si no le prometían que habían de entregársele, en sazón oportuna, las regias almas del padre amoroso y la hija dolorida; y pareciéndoles á los embajadores, que eran, naturalmente, unos herejotes desalmados, mezquino el precio é indigno de ser discutido, asintieron de seguida, y allí mismo firmaron el protocolo muy campantes, después de acordar que guardarían para sí la desdeñada carga de la valiosa reata.

Era el extraño sabio un viejecito de pobrísimas trazas, de capa negra raída, cabellera blanca y ojos centelleantes; tenía en ambos lados de la frente dos bultos ó protuberancias sospechosas, que bien podían pasar por disimulados pitones, y este detalle diabólico, lo retorcido y largo de sus uñas y el precio singular de la consulta inducen á creer al ignorado cronista que era el mismo demonio, ó tal vez una encarnación de Siva, quizá su primo car-

nal en persona, que, por rivalidades de oficio y para no ser conocido, dejó sus cinco caras simbólicas y sus cuatro brazos y adoptó el disfraz y las tretas del maldito tentador de los cristianos.

Sea quien fuere, cuenta la leyenda que después de muchos días y de muchas noches llegaron á los reales alcázares, que el grito doloroso de Nervosina entristecía, siendo introducido el sabio en la cámara sin ceremonia... No miró siquiera á la princesa, ni le palpó la muñeca, ni la invitó á que sacara la lengua. Lo que hizo fué desenfundar de debajo de su capa un instrumento desconocido para el indostánico auditorio y que, á juzgar por el mal grabado que á la crónica acompaña, debió de ser una sencilla guitarra, y comenzó á tocar alegremente.

Y lo mismo fué empezar él á tocar, y sentirse buena y sana Nervosina, de golpe y zumbido. Maravillóse el rey, se maravillaron todos y no hubo agasajo que no recibiera en la corte el portentoso médico.

Y añade el cronista muy gravemente:—«Desde aquel día, en todo el Indostán, y fuera de él, se ha tenido por único é infalible recurso para curar á las niñas histéricas y cuantos desequilibrados de nervios existen, la guitarra del diablo».

Lo malo es que resulta el remedio carísimo, y casi casi es preferible el del chino.

ANARQUISMO

Anarquismo.

(FÁBULA)

Los dos compañeros, Sultán y Rabicorto, merodeaban en el mismo barrio, y en la misma espuerta, muchas veces, ó en el mismo basurero, saciaban su canino apetito. La amarga filosofía que el arrastrado vivir engendra y despierta la envidiosa contemplación del bienestar ajeno, traíales melancólicos, gachas las orejas y rabo entre piernas. Sufriendo aquí palos, allá coces, lazos, pedradas y la terrible amenaza de municipales morcillas, siempre perseguidos, á salto de mata, hambrientos y derrotados, así vivían, mientras ¡oh sarcasmo de la suerte! ¡oh injusticia de la ley! otros seres de la misma especie, tan perros, al fin y al cabo, como ellos, dormían la siesta sobre cojines de raso, se desayunaban con pastas de huevo, cenaban rollizos perniles, y blancas manos les rascaban el lomo y espulgaban á su sabor.

Haciendo tan odiosas comparaciones, Sultán y Rabicorto gruñían de cólera, y sentían revivir aquel deseo, en sus perrunos coloquios confesado, de dar una den-

tellada al perrillo canela que, con manta azul de paño fino, collarín de níquel reluciente como la plata y sujeto de sedoso cordón, sacaba de paseo todas las tardes el criado de la casa grande. Le veían también en el jardín tomar el sol, entre los rosales, ó abrigarse de la lluvia en la caseta de mimbre del soportal; y en ocasiones, el indecente burgués subía al coche de los amos y se marchaba tan orondo, frunciendo el hociquillo desdeñoso.

Para él no había ley, ni roque, ni fatigas, ni hambres, ni sufrimientos. ¡Infame burgués! Le cobraron tan grande odio Sultán y Rabicorto, como sólo en el corazón humano puede caber; y decidieron, á fin de vengar á la especie y castigar la irritante desigualdad, no lo que á los anarquistas de la escala superior piadosamente se les ocurriría: hacer volar con dinamita la casa grande, pongo por ejemplo, y que pagaran los justos las cuentas del insolente canelo...; sino arremeter contra él y destrozarle á mordiscos. Le acecharon, le asaltaron, y entre los dos le tarascaron, con tal furia, que la manta y la vida del infeliz en los colmillos quedaron de sus enemigos, sin que de nada le valieran el auxilio y la compañía del lacayo azorado, huyendo los dos cómplices calle abajo prestamente.

Por la noche volvieron á lamer la sabrosa sangre de su víctima, y gulusmearon á sus anchas en el arroyo; y como no había guarda que les estorbara, ni can que le

efendiera, Sultán saltó la tapia y se coló
n el jardín, atraído por cierto olorcillo
ue sus finas narices de podenco percibían.
'ambién sentíalo Rabicorto, pero llevaba
na pata (con perdón) á la rastra, por
ausa de un vapuleo ganado en otra aven-
ıra nocturna, y aunque se esforzaba no
odía saltar; en tanto que el compañero
: llegaba á la caseta del muerto y en una
scudilla, llena de sopas de leche, metía
l hocico famélico.

—¡Sultán, compañero!—aullaba triste-
ıente Rabicorto,—ayúdame á subir; mira
ue partir tenemos, como buenos her-
ıanos.

¡Que si quieres! Sultán se relamía, sa-
iéndole á gloria la sopa del burgués y su
ınudo almohadón, sobre el cual dió cua-
'o brincos de regocijo, así que limpió la
scudilla, sin cuidarse de su çompañero,
ue tras de la tapia seguía gimiendo:

—Mira, que me des la mitad; si no, albo-
ɔto el barrio y llamo al guarda...

—¡Imbécil!—ladró furioso Sultán.

Y propinó á Rabicorto tan fraternal
entellada, que le descalabró; yendo á
ıderse luego sobre la cama del canelo
barita, con gruñidos sordos de indigna-
ión contra esa miserable canalla, cuyos
ımentos, protestas y amenazas pueden
ırbar la digestión de unas buenas sopas
e leche...

EL POZO NEGRO

El pozo negro.

Era el oficio de Pedruco el más sucio, repugnante y duro que puede ofrecerse á hombre menesteroso y condenado á ganarse el pan entre la inmundicia; quiero decir que Pedruco era pocero, de estos que en las cloacas y alcantarillas, en la propia entraña de la caverna humana, metido hasta la cintura en el lodo nauseabundo, pasan sus horas de sol envenenando sus pulmones por limpiar ajenos detritos. Para apencar con oficio semejante, ya que otros no se le brindaban fáciles á su honradez y á su hambre y á las exigencias de la mujer que su mala estrella le diera, necesitaba el infeliz buen estómago, cabeza sólida, puños robustos, piernas firmes y nariz poco vigilante y nada melindrosa, dotes todas que Pedruco poseía en tal grado que bajaba á lo profundo y subía sin bascas ni mareos, cual si acabara de recorrer encantados jardines.

Paréceme inútil apuntar que no olía á rosas Pedruco, y eso que el mozo, después

de cada viaje por las espantosas regiones de la porquería, se lavaba en dos aguas y ponía la cabeza bajo el chorro de la fuente para que la Selma, su mujer, no hiciera aspavientos y huyera de su contacto. En esto era Pedruco tan extremoso que no cabía más: aparte del lavatorio obligado se mudaba la ropa interior, se frotaba la barba y las manos con una pastilla de jabón de las menos ordinarias, y hasta solía rociarse con esencias baratas, en que empleaba el fondo destinado á los cigarros. Pero, sea que la fetidez la llevara pegada al cuerpo y no valieran las aguas de un río, todo era volver del trabajo y entrar en la cocina donde la mujer preparaba la cena, y advertir el malhumor, el desdén y la frialdad de su Anselma.

Podrá el hombre diferenciarse de otro en la fachada, pero por dentro y en lo esencial, influya mucho ó poco la cultura, lo mismo siente Pedruco el pocero que el noble coronado de hojas de perejil. Y lo que Pedruco sentía cuando la Selma esquivaba sus brazos, frunciendo la nariz con asco intolerable, eran celos furiosos, celos del Juanón, el carpintero del lado, su rival en los días del noviazgo, cuando la suerte no le había hecho descender todavía al bajo oficio de ahora, y gracias á su apostura y al gato de su padre logró vencer en buena lid á sus rivales.

Que tuviera ó dejara de tener la Selma con Juanón, no es cosa averiguada, y aun-

que lo fuese no habría para qué señalar manchas en la honra de hombre tan limpio como Pedruco, que, si se lavoteaba y fregaba en dos aguas cada día, por mantener inmaculada la suya era capaz de verter la sangre de Juanón entera y la de todos los Juanones libertinos.

Celoso estaba, pues, Pedruco, sin razón ó con razón, y cada vez que la Selma huía, como digo, pensaba en venganza tan horrible cual la de cortarla la nariz para que no le oliera á él y Juanón no la deseara ya, desfigurada. Destruído el órgano olfativo, parecía evidente que aquello que le separaba de su mujer y denunciaba el perverso espía, ahuecando sus alas con sopliditos de alerta, quedaba ya disimulado y la Selma (si es que la coquetería no tomaba cuentas del ultraje) vería en él al hombre enamorado que por ella y su bienestar se prestaba humilde á tan asquerosos menesteres.

Metida esta idea en la cabeza, Pedruco no perdía de vista á su enemigo. Causábale grandísima rabia observar cómo movía la puntita sonrosada y fina, antes que los ojazos pardos, sus compañeros, le descubrieran, y el que la higiene, la más pura de las esencias, no sirviera para despistarla ó calmar su irritante susceptibilidad. ¡Maldita nariz! ¡chismosilla de mil demonios! tan graciosa, sin embargo, que nadie diría estaba en guerra constante con las moléculas todas olorosas...

Una mañana vió Pedruco que salía la Selma muy entapujadita y allá se fué detrás, porque el serrucho de Juanón le rechinaba en las orejas á todas horas. Pisando levemente, la siguió por aquellas callejas, muy contento de que su enemigo, que asomaba por la puntilla del velo, moradito de frío, no la soplara á su dueña que el hediondo marido andaba cerca, y así, la soga tras del caldero, entró la Selma en la iglesia y Pedruco se escondió entre las sombras, tan bien, que ni la nariz ni los ojos de su mujer podían delatarle. Seguro estaba Pedruco de lo que iba á pasar: el aparecer de Juanón, el encontronazo con la infiel, la desaparición de ambos por la puerta traviesa y el repentino y vengador navajazo suyo, que suprimía para siempre y de raíz la causa del divorcio de dos almas.

Pero, no pasó nada de esto, sino que la Selma se arrodilló al pie de un confesonario, pegó la entapujada cabeza á la reja y contó al señor cura lo que su nariz la contaba á ella ó lo que Juanón susurraba en sus oídos. Avergonzado, Pedruco soltó el cabo de la navaja y miró al señor cura, que poquito á poco iba descendiendo al fondo de aquella alma... ¡Ay! como él, cuando en lo más hondo del pozo no veía ya luz y le asfixiaban los miasmas, el señor cura alzaba la cabeza y los ojos buscando aire y claridades. ¡Qué sucia, pero qué sucia debía de estar la conciencia de la Sel-

ma! ¡y qué perdido iba á salir el señor cura de la inmersión en aquel lodazal!

Meditabundo se marchó Pedruco á su trabajo, y todo el día, armado del escobón y del cubo, en las profundidades de la cloaca infecta, barriendo el légamo se le figuraba que lo que barría eran los malos pensamientos de la Selma, sus pícaras intenciones, acaso sus hechos indecentes, todo aquel pestífero amalgama que percibía su olfato de celoso y que al señor cura obligaba á levantar al cielo la cabeza y los ojos. No ya el corte nasal, pueril venganza é inútil, sino un chapuzón en plena corriente del río había que dar á la Selma, porque sin duda el señor cura habíase limitado á una enjabonadura de rosarios y á dos padrenuestros de enjuague.

Volvía Pedruco á su casa, por la tarde, y en la fuente cercana en que acostumbraba á asearse vió al señor cura sentado, tan tranquilo. Ni lamparones en la sotana, ni lodo en los zapatos, ni mácula alguna en toda su persona, muy lustradita y adecentada, como de quien no tiene el oficio de bajar diariamente al pozo negro de la conciencia. Olor, tampoco ninguno, como no fuera el delicadísimo de santidad, un tufillo celestial que le envolvía todo y que aun á narices tan torpes como las de Pedruco hacía cosquillas, parecía desprenderse de sus rizos de seda blanca asomados bajo el solideo, ó de sus manos, consagradas para la bendición, ó de su figura ente-

ra, de anciano que se sienta á meditar sobre las miserias del mundo, en medio de la serenidad del campo adormecido. No, ni mancha alguna ni vaho sospechoso advertía Pedruco. ¿Se habría lavado también el señor cura, ó mudado de ropa, ó rociado con esencias costosas? ¿O no sería culpable la Selma y tenía la conciencia más limpia que una patena?

Pedruco metió las manazas en la fuente y el agua se enturbió, desparramando por el aire desagradables perfumes. El señor cura, al contestar plácidamente su brusco saludo, llevó el pañolón de yerbas á la cara... —¡Apártate, que apestas!—quería decir el ademán de su reverencia; pero Pedruco no se apartó y continuó soltando en la fuente toda la podre que traía. ¿Acaso el buen señor no había hecho lo mismo al salir del confesonario, llevando pegadas en los oídos las picardías todas de la Selma, sus mentiras, sus falsedades, la historia repugnante de sus conyugales desvíos y del negro y horrendo pecado de adulterio, del que se había aliviado la otra como de fardo insoportable? Bien que olería entonces el señor cura, bien que apestaría como él, el pocero infeliz, esclavo del trabajo.

Y sin decir palabra, desdeñoso, se alejó chasqueando las destalonadas alpargatas, convencido otra vez de la infidelidad de la Selma y dispuesto firmemente, decididamente, á ahogarla en el río y á Juanón

con ella; porque él no poseía la manga ancha del señor cura, aunque allá se fueran (irreverencia aparte) su ingrato oficio y el del que escarba á diario el pozo negro de la conciencia.

¡SANTIAGO Y ABRE ESPAÑA!

¡Santiago y abre España!

(APÓLOGO)

A la sombra de sus laureles seculares descansaba el viejo caballero, en la noble casa solariega, sobre la cual la leyenda dorada resplandecía como el sol. Molido de yangüeses, ahito de desengaños, enfermo de pesadumbre, su consuelo mayor era tornar los ojos al pasado, y en el pasado recrearlos, confortando el ánimo con el recuerdo de las proezas suyas de otros tiempos, tan grandes y famosas como no las realizara jamás caballero alguno, ya alanceando moros, ya descubriendo mundos, ya conquistando al arte y domeñando la gloria; ora fundando nacionalidades en tierras ignotas, nuevo patriarca de heroica descendencia, ora con la fe por enseña escalando los alcázares del cielo. Y engreído, aletargado, reposaba el caballero en el noble solar, sobre el que la leyenda dorada resplandecía como el sol.

Entretanto, el Progreso removía los cimientos de las sociedades, y con sus pies alados recorría el Comercio los caminos,

anunciando la buena nueva que del atraso y de la miseria había de redimir á todos, profeta moderno, taumaturgo de la realidad, que unía los mares y las inteligencias, armonizaba intereses y necesidades, arrastrando las muchedumbres al influjo de su caduceo simbólico. Fuera sordo el viejo caballero, ó en profundo sueño estuviera sumido, y por fuerza de este estrépito, de este colosal rumor de lucha, de este recio combatir por el propio pan y la abundancia, empresa harto menos romántica pero más práctica que la de ofrecer la vida por su dama; de toda esta batalla, digo, en que las razas peleaban furiosas y enzarzadas, algo debía percibir, eco débil, bastante, sin embargo, para hacerle revolver en el ocioso lecho, recogiera del pasado la mirada y sobre el presente la fijase desdeñoso.

Y como por los ojos entra cuanto existe, lo grande y lo pequeño, lo abstracto y lo concreto, que tras de ambas ventanas la inteligencia observa, desmenuza y clasifica objetos y teorías, obrera sublime siempre en vela, tenía que ver el caballero, y lo vió, porque no estaba ciego, que la guerra de aquellas gentes no era como las en que él y su progenie se habían mezclado; no era guerra de devastación y de muerte, sino de vida y por la vida, no por quimeras, se luchaba. Vió también el caballero, y esto le dolió sobre todo encarecimiento, que de resultas, sin duda, de su

prolongado reposo, la casa de sus mayores mostraba las grietas de la ruina, los campos aparecían yermos y su hacienda comida de la polilla del descuido. Algo de aquel frenesí universal, contagio saludable, invadió su espíritu y sus miembros; se esperezó, incorporóse, tentó á levantarse...

También él, ¿por qué no?, también él lucharía como los demás, reedificaría la casa, sanearía su hacienda. Precisamente, del otro lado del agua, muchos pueblos jóvenes, ricos en productos y en promesas, hijos de su sangre, le saludaban en su hermosa lengua; parentela olvidada y lejana, desconocida á fuer de lejana y olvidada. Iría hacia ellos, entablaría más estrechas relaciones con ellos, mercaría más directa y eficazmente con ellos... Aquí una duda, una espantosa duda se le clavó en el alma al caballero, como saeta enemiga. ¿Digna de él, de su historia, de su alcurnia, sería tal empresa? Nunca supo que un armado caballero hiciera de mercader, oficio bajo y de conciencias torcidas, ni leyó en sus libros que ni Belianises, ni Tirantes, ni Roldanes se rebajaran en andanzas mercantiles. ¿Lo consentirían las pragmáticas de la caballería?

Consintiéranlo ó no, como los modernos caballeros no pueden vivir como los de antaño, y la necesidad es ley tiránica, el de mi cuento echó dudas y vacilaciones á un lado, el yelmo de Mambrino y la he-

rrumbrosa coraza; sacó fuerzas de flaqueza, y un barco, que para sus expediciones marítimas reservaba — ¡ay, cada vez más escasas!—aprestó y armó en corso de paz. Satisfecho y resuelto cargó su embarcación de togas y bonetes doctorales, cien toneladas; de sotanas, solideos y rosarios, doscientas; tres, de flores retóricas; otras más, de prejuicios de cal y canto; de levitas, varios quintales y un adarme de concesiones, rellenando de paja de palabras los huecos para estibar bien y curiosamente su pacotilla. Hecho esto, tomó la calle de en medio, que era la que más directamente conducía al punto de su destino.

No fué el viaje tan largo y penoso como lo imaginaba, y traspuesto que hubo las singladuras de rigor, entróse en el primer pueblo que está á la derecha mano de la barriada del Atlántico, reconociéndole todos en cuanto abrió la boca y festejándole como tan amado pariente merecía, en forma y manera que le desconcertaron: le traían y llevaban, le aplaudían, le obsequiaban y en su loor vertiéronse perlas poéticas á calderadas, que esto lo da de sí la raza, ya que otra cosa de más enjundia no diera.

Pero, cuando llegó la hora de revisar la carga y se enteraron del valor de la mercancía por el peso, por el tacto y por la vista, que todo lo revolvieron y tasaron en justicia, dijéronle que había perdido el viaje y que la amistad es amistad y

el negocio negocio; trajera los riquísimos productos de sus minas, de sus fábricas y de sus industrias, y trocarían por ellos, sin desventaja, sus trigos y cereales, de que sus graneros hallábanse henchidos; las carnes de sus ganados, más abundantes que los hongos, y cuanto la naturaleza brindaba y el trabajo producía y la experiencia perfeccionaba con ansias y arrestos de llegar al límite de la perfección mecánica.

Oyó el mohino caballero estas que se le antojaron herejías, y á todos contestaba:

—¿Trigos? se alzaría Castilla. ¿Carnes? ardería Galicia por las cuatro puntas. Y Cataluña y Andalucía y el Norte y el Sur me aspan y hasta algún vecino me reta á duelo descomunal si os diera yo un canto de uña de lo que pedís.

Con lo que se marchó y fué con su cargamento al pueblo del lado, donde también le festejaron y opusieron luego iguales razones. Recorrió todos los de la derecha mano y los del barrio apartado del Pacífico, los del Centro y los que allá en el fondo de la cuenca oceánica tienden sus feraces praderas y en todos halló igual recibimiento y razones iguales, sin que le vencieran ni convencieran; porque, dígase la verdad, ocultos encantadores, envidiosos de la alta fama que había de cobrar en esta aventura, le sujetaron la voluntad con el hilo de la rutina. Irritábale, entretanto, que por doquiera anduvo, descubriese que otros que intentaron empresa como

la suya, italianos y franceses, tudescos y britanos, lográronla tan generosamente, que vivían en aquellas tierras ricos y felices; y herido del fracaso, indigestado de agasajos, con la visión de un mundo nuevo que le trastornaba y suspendía, volvió á su barco y en su barco á la deseada orilla, persuadido de que tal empresa no estaba para él reservada é hizo tan mal en imaginarla como en acometerla.

Corrido, pues, el buen caballero echóse otra vez á la sombra de sus laureles seculares, en la noble casa solariega agrietada por la ruina y sobre la cual la leyenda dorada resplandecía como el sol. Puestos los ojos en el pasado, sordo al rumor de la batalla social, se aletargaba nuevamente, entregábase al sopor de la pereza y del aislamiento, que es la muerte en la vida... El su fiel escudero, á quien necio olvidara de llevar en esta su primera salida por los campos comerciales, sorprendióle así melancólico y desmadejado, y hubo tal cólera que se mesó las barbas, soltando más denuestos que pelos tenía en ellas.

—¡Pesia á mí y al padre que me engendró! que no logre ninguna de las promesas de vuesa merced, antes que verle como le veo, mientras por esos mundos que fueron suyos pelean todos los andantes caballeros que de valientes se precian. ¿De qué se queja vuesa merced, voto á tal? ¿de que no le aceptaran sus garambainas? pues ¿qué creía entonces? ¿que son chicos que se

maman el dedo? ande y levántese y cargue su barquito con las muchas cosas buenas que aún le quedan y lléveme á mí, que ésta es una aventura de las de honra y provecho, y así ya pueden cortar bien sus plumas los Benengelis que quieran legarla á la posteridad. ¿Y sabe lo que me ocurre? que para que no se la echen á perder esos encantadores hi... de quien yo me sé, que por extraviarle y burlarle le ataron la voluntad y aconsejaron llevara lo que llevó, se limpie del moho de sus preocupaciones, y supuesto que de la reconquista moral de América se trata, y quien mantiene su puerta cerrada á ninguna otra puerta debe llamar, vuelva del revés el grito guerrero que asustaba á la morisma, y tal como entonces se decía:— ¡Santiago y cierra España!... diga su merced ahora conmigo: — ¡Santiago y abre España!

ÍNDICE

	PÁGINAS
Miss Alice	5
La baraja	41
El milagro de la Saleta	49
Dios da turrón	57
Carrasquillo	65
Las tres esmeraldas	73
Antropos	79
La viuda	87
La guitarra del diablo	95
Anarquismo	105
El pozo negro	111
¡Santiago y abre España!	121

NOVELAS ARGENT

POR

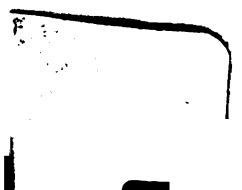
CARLOS MARÍA O

De esta serie de Novelas, en
tudia y describe la vida argenti
poránea bajo sus diversas mani
van publicados los *once tomos*

León Zaldívar.
Quilito.
Entre dos luces.
El Candidato.
La Ginesa.
Tobi.
Promisión.
Misia Jeromita.
Pequeñas miserias.
Don Perfecto.
Nebulosa.

Se halla en preparación el tomo

EL PELIGRO



NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARÍA OCANTOS

De esta serie de Novelas, en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea bajo sus diversas manifestaciones, van publicados los *once tomos* siguientes:

León Zaldívar.
Quilito.
Entre dos luces.
El Candidato.
La Gitanesa.
Tobi.
Promisión.
Misia Jeromita.
Pequeñas miserias.
Don Perfecto.
Nebulosa.

Se halla en preparación el tomo XII:

EL PELIGRO